

A sunset over the ocean with silhouettes of two people in the foreground. The sky is a mix of light blue and yellow, with a bright horizon line. The water is dark with golden reflections. Two people are silhouetted against the water, looking out at the sea.

*Todas las
heridas sanan*

P. Franciscana

Todas las heridas sanan

P.Franciscana

Para mi pariente y abuelo Arturo Arrizabalaga,
a quien tanto quiero, y a su esposa Ines
Cornejo.

Contenido

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

Desde el momento en que llegué a esta vida he sido criada como alguien de la realeza. Llevo sangre noble en mis venas, siempre lo supe.

Mis padres siempre se mostraron sumamente estrictos conmigo, pero en el fondo, sabía que me amaban. Me educaban en casa llamando a la mejor institutriz de la zona. Toda jovencita debía tener buenos modales para conseguir, en el futuro, un buen esposo, solía repetir mi padre cada vez que cometía una falta por más mínima que fuera.

Nunca me sentí feliz a pesar de que sabía que mucha gente al rededor del país daría hasta su vida por obtener lo que yo siempre tuve.

En varias ocasiones, encerrada en mi habitación, imaginaba lo que sería vivir como alguien normal, alguien del pueblo. Sin lujos, vistiendo esos vestidos que tanto caracterizaban a los de la clase baja, pero, aun así, libre. Libre de hacer lo que quisiera. Sin preocuparse por lo que la sociedad pensara, y por sobre todo, sin pretendientes odiosos y matrimonios arreglados. Simplemente aborrecía la idea de casarme.

Con apenas trece años, mis padres ya comenzaban a llevarme a eventos. Me obligaban a ir a las tertulias y a las distintas fiestas organizadas por otros nobles, y en una ocasión, hasta por el mismísimo rey.

Muchas veces había soñado con escapar, huir de esa prisión atosigadora en la que me encontraba. Huir de ese país que realmente no quería recordar nunca más.

Para mi mala suerte, todo empeoró a mis quince años, con la muerte de mi madre. Ella era la única que, al menos de vez en cuando, me mostraba su

cariño.

- ¡Catherine! Baja inmediatamente. Tenemos que asistir al velorio de tu madre- ordenó mi padre, Thomas Ballerotch. En ese momento, me encontraba en mi habitación, acurrucada junto a mi ventana con lágrimas en los ojos y observando las gotas de lluvia caer afuera de la enorme mansión en la que vivíamos.

- ¡Catherine! - volvió a gritar mi padre al ver que no bajaba. Con pesadumbre, me vi obligada a abandonar mi sitio.

Bajé lentamente las escaleras con elegancia, pues era consciente de que mi padre estaba allí, observando todo. Al ver su rostro de desaprobación, bajé mi mirada al suelo, realmente nada lo satisfacía nunca.

- ¡Al fin! Llegaremos tarde al velorio de tu madre. El carruaje nos esperaba dijo él con voz autoritaria. Traté de ocultar las lágrimas que caían por mis mejillas, pues sabía que si él notaba que había estado llorando, me reprocharía por eso, pero desafortunadamente, no tuve suerte.

- ¿Estás llorando? Las lágrimas arruinan tu cara y tu maquillaje. Deja de llorar de una vez y sube.

Fue en ese momento en que sentí el impulso de gritarle, era el hombre más insensible que había visto en mi vida, ¿Cómo podía hablarme así tras la muerte de mi madre? Tal vez, él no la amaba, tal vez, él había sido obligado a casarse también.

- Si padre- respondí con monotonía obedeciendo sus órdenes.

En el lugar, todos estaban vestidos de negro, llorando a mi madre. Yo, me limitaba a mirar el suelo, no podía llorar, mi padre me lo había prohibido, y como buena hija debía hacerle caso. No pude evitar pasar por alto el hecho de que se encontraban allí presentes todos y cada uno de los jóvenes que mi

padre consideraba aceptable para mí, y eso me ponía los pelos de punta.

- ¿Cathy? - preguntó una voz masculina a mis espaldas. Me volteé molesta creyendo que era alguno de aquellos molestos chicos, pero no fue así.

Una sonrisa se escapó por mi rostro, era mi primo Carl. Mi único amigo y confidente. No lo había visto desde hacía mucho tiempo por aquí.

- Lamento lo ocurrido con la tía Amelia- susurró con sinceridad. Luego, se acercó a mí y ambos nos sumimos en un eterno abrazo reconfortante. Fue ahí cuando las lágrimas comenzaron a brotar nuevamente.

- Lloro, te hará bien- dijo Carl.

- No se lo digas a papá- imploré. Él parecía sorprendido, pero solo asintió silencioso como respuesta.

Al pasar ese fatídico día, el sol volvió a brillar. Carl y mi tía Jennifer se quedarían unos días con nosotros antes de regresar a su casa. Por supuesto, mi padre se mostraba enfadado cuando frente a la puerta aparecieron ellos sin ningún aviso previo. En principio se encontraba sorprendido, pero luego, comenzó a quejarse.

- Estos que llegan a mi casa sin aviso previo, ¿Qué clase de educación recibieron? Eso no se hace- lo oía refunfuñar día tras día.

Por mi parte, estaba feliz. Al fin tenía a alguien a mi lado para contarle todo. Carl era rebelde. Su estatura era mediana y tenía complexiones delgadas. Sus ojos eran marrones y su cabello enrulado siempre se encontraba alborotado y negro. Su tez era blanca cual papel, por lo que parecía siempre estar pálido.

Una tarde, mientras mi padre discutía con mi tía sobre algo que evidentemente no querían que supiéramos, él y yo nos retiramos al patio trasero. Era de gran tamaño, había fuentes y todo tipo de plantas en todos

lados. Sin embargo, nuestro lugar favorito era un árbol hueco e inclinado en el que solíamos sentarnos para conversar.

- Entonces, según lo que me dices... ¿Tu padre está cada vez más desagradable y gruñón? Eso es imposible, si ya antes era un monstruo, no puedo ni pensar en como te debe tratar ahora- exclamó Carl.

- Cada día que pasa, empiezo a dudar de si realmente me quiere, al menos en el fondo de su corazón- repliqué miserable.

- Tú eres el fruto del amor entre él y tu madre, claro que te quiere. Solo que su corazón está endurecido- explicó Carl.

- El tema es que ni siquiera sé si amaba a mi madre... y no creo que su corazón esté endurecido, siempre ha sido así- confesé con suma tristeza.

- Mira, tal vez, la pérdida de su esposa le afectó demasiado.

Podía ser que tuviera razón, pero siempre había sido así, incluso antes de que naciera. Sin embargo, estaba segura de que Carl siempre lo defendería. Era demasiado gentil, veía siempre algo bueno en los demás, siempre creía que los malos comportamientos de las personas se debían a algo.

A pesar de que los días pasaban, siempre ocurría lo mismo. Cada tarde, mi tía se reunía con mi padre en la sala y comenzaban a discutir. Me preguntaba de que se trataba. Tal vez los quería echar de la casa, había muchas posibilidades, lo que yo no sabía, era que estaban hablando de mí.

El día en que todo cambió para mí, ocurrió muy poco después de que mi tía se fuera junto con Carl. Estar sola con mi padre no era algo que me agradara demasiado.

Sentía que la casa se oscurecía, sin mi madre, no había luz allí. El silencio invadió mi hogar por muchas semanas. Cada vez que decidía salir de mi habitación, que no era muy a menudo, entreabría la puerta de mi habitación y observaba los corredores de un lado a otro, quería evitar encontrarme con alguien, más específicamente, con mi padre.

- Ven aquí joven Catherine, te prepararé algo delicioso para que comas en tu habitación- dijo Samanta, la cocinera, al ver como asomaba mi cabeza a través de la puerta. Yo asentí gustosa, solo serían unos minutos, ¿Cierto? No podía pasar nada durante aquél corto plazo de tiempo.

- Hace mucho que tu padre no baja por aquí- musitó Sammy preocupada. Ese era el apodo que yo utilizaba al hablar con ella en alguna situación casual, desafortunadamente, cuando recibíamos visitas debía llamarla por su nombre completo.

- Seguramente esté ocupado pensando con quién puede casarse ahora, ya que mamá murió. Pero no, eso no puede ser, sería impropio y algo que definitivamente él no haría pues mamá falleció hace poco... entonces debe de estar arreglando eventos o seleccionando nombres de chicos con los cuales podría casarme en un futuro no tan lejano- opiné tratando de sonar infantil. Sammy sonrió y dejó escapar una pequeña risilla nerviosa.

- Sea lo que sea, no creo que la involucre a usted señorita- opinó ella poniendo el pan en el horno.

De pronto, las puertas de la cocina se abrieron estruendosas y a quién yo más temía entró en la cocina.

- Catherine, aquí estás, ¿Qué haces en la cocina? Ese no es tu lugar señorita- me reprochó él. Yo bajé mi mirada al suelo apenada.

- Ya nos vamos- comentó él mientras me jalaba del brazo. Me preguntaba a qué se refería.

- ¿A dónde? - pregunté confundida. Eso fue lo peor que pude haber dicho en mi vida. Mi padre me observó detenidamente y su rostro palideció por unos segundos.

- ¿Qué haces así vestida? ¿No recuerdas que hoy debíamos ir a la casa de Manuel? - preguntó él irritado. Se había olvidado mencionarlo, pero mi padre no era una persona con la que se pudiese discutir, no había caso en intentarlo.

Subí las escaleras corriendo de regreso a mi habitación para vestirme adecuadamente. Tomé varias joyas y un vestido digno de la realeza color crema. Al ponérmelo, me sentí extraña, había olvidado lo ajustados que eran esos vestidos. Tomé un sombrero bastante elegante del mismo color y bajé ya lista. En la entrada encontré a mi padre esperándome para abordar el carruaje.

Sabía con exactitud a quién íbamos a visitar. Era un duque, vivía en una inmensa mansión, aún más grande que la nuestra. De pequeña había ido a ese lugar en varias ocasiones. Era un sitio agradable, y sin embargo sabía que mi padre no me había traído allí por eso. El motivo de nuestra visita estaba claramente a la vista, el duque tenía un hijo. Varias veces lo había visto, pero no me había parecido atractivo, y nunca lo parecería. Ese joven simplemente era un fanfarrón. Era presumido y arrogante, no era la clase de persona con la que desearía estar.

Cuando el carruaje se detuvo, pude observar nuevamente la enorme casa en la que vivían. Rodeada de plantas, la casa más grande existente se alzaba ante

mis ojos. Estaba maravillada, pero eso terminó cuando mi padre me hizo señas para que entrara.

En el espacioso comedor, conformado en su mayoría por madera, nos esperaban ambos, el duque y su, a mi parecer, molesto hijo.

- Bienvenidos, señor Ballerotch y... señorita- dijo Manuel enfatizando de una extraña manera la última palabra. Él pareció mostrar un gran interés en mí, sentía que tanto él como mi padre se traían algo entre manos, y cuánta razón tenía...

- Hola, siéntate. Aquí tenemos de todo. Pide lo que quieras y te lo traerán- comentó su hijo, Richard con cierta superioridad. Ante su actitud, no pude evitar soltar un bufido. Esa sería una tarde muy larga.

- Pues, ¿Qué haces tú en tu casa? - preguntó él con voz aguda en un intento de sonar elegante. Ante estas palabras, simplemente rodé los ojos de forma disimulada.

- Nada, leer, llorar y encerrarme en mi habitación- numeré cansada.

- Pues yo asisto a fiestas, mi padre quiere casarme. Claro que todas las chicas están interesadas en desposar a alguien como yo, soy apuesto, atractivo...

Solté una leve risa por lo bajo, él no era nada de eso. Si me preguntaran, diría que su rostro se asemeja al de un mono.

- O tal vez porque eres rico- intervine. Él se quedó pensando en lo que dije por unos segundos, pero no comentó nada al respecto. Sonreí triunfal, pues esa era una de las pocas victorias que había conseguido en la vida.

- Y, ¿Cómo se llaman las señoritas que trabajan aquí? - pregunté tratando de cambiar de tema. Él simplemente se encogió de hombros sin darle importancia.

- ¿No lo sabes? ¿Y cómo las llamas? - pregunté confundida y un tanto disgustada.

- ¡Sirvientas! Así las llamo, eso es lo que son- explicó con desagrado al ver como una de ellas se acercaba a servirnos más té.

No podía creerlo, ¿Cómo era capaz de tratar así a la gente? Ellas trabajando y cumpliendo con todos sus caprichos, y él... él no era capaz de saber siquiera sus nombres.

Pasé mi mano por mi rostro agotada de esa conversación, pero tuve que reaccionar con rapidez y sonreír al ver que nuestros padres dirigían su mirada hacia nosotros.

- Dime, ¿De casualidad tienen una biblioteca aquí? - pregunté en un intento de escaparme de aquel lugar, de aquellas personas que tanto me incomodaban.

- Claro que tenemos una. Aquí tenemos todo lo que puedas imaginar. Tenemos todos los libros que puedas desear, y están nuevos- alardeó el joven. Me preguntaba la razón, normalmente en una biblioteca, la gente solía leer los libros, no tenerlos allí para exhibirlos como trofeos.

- Te muestro el lugar- apuntó él levantándose con la intención de acompañarme.

- ¡No! Puedo encontrarla sola, solo dame las indicaciones- exclamé casi a los gritos. Él se quedó allí plantado al suelo sin comprender mi abrupta reacción.

- Claro, sales por esa puerta de allí, avanzas por el pasillo, giras a la izquierda, la tercera puerta a la derecha- me dijo confundido. Sin decir palabra alguna, me di la vuelta y comencé a seguir sus indicaciones. La puerta que había señalado era grande y de madera. Tomé la manija y la abrí,

luego avancé por el pasillo. Este se encontraba adornado y decorado con cuadros. Me detuve ante uno que atrajo mi atención. Era una perfecta copia de los pastizales que había por allí cerca. Parecía un lugar encantador y alegre, un lugar que algún día querría visitar.

Luego, giré hacia la izquierda y me asombré al ver la cantidad de puertas que había allí, estaban alineadas una al lado de la otra en ambos lados del corredor. Luego, me concentré en las puertas del lado derecho siguiendo las indicaciones de Richard.

- Uno, dos, tres...- conté las puertas hasta llegar a la tercera. Después la abrí con lentitud y me asomé para encontrarme con la biblioteca más grande y maravillosa que había visto en toda mi vida. Había millones de estanterías y libros ordenados cronológicamente. Tomé uno de los libros que se encontraba en el estante más cercano y me senté en un pequeño sofá que había en un rincón. Para mi mala suerte, al poco rato pude oír voces llamándome a gritos. Cerré mis ojos con fuerza al reconocer la voz de mi padre.

- ¡Catherine! ¿Cómo te atreves a dejar solo al hijo del duque? Meterse en la casa de los otros... ¿Eso es lo que te he enseñado? - me preguntó colorado por la rabia que sentía en ese momento, cuando me encontró.

- Lo siento- me disculpé con hostilidad. Era evidente que no sentía remordimiento alguno por lo que había hecho, pero con que mi padre lo creyera, todo estaría bien.

Regresé a la sala con ambos, y allí, sonriéndome con una malvada expresión en su rostro se encontraba Richard. Le devolví el gesto con sumo enojo consciente de que había sido él quien me había delatado.

- ¿Qué te pasa? - pregunté molesta una vez que los adultos continuaron con su conversación.

- ¿Qué te pasa a ti? Vienes a mi casa y te escapas de mí, eso es de muy

mala educación- reclamó él burlón.

- Si tú fueras educado talvez no tendría que hacerlo- le dije furiosa.

No pudimos continuar discutiendo, pues la reunión de nuestros padres finalizó. Pude ver como ambos se estrechaban las manos y sonreían alegres. No pude evitar fruncir el ceño, mi padre jamás sonreía, debía haber ocurrido algo sumamente bueno como para que él se comportara así.

En el viaje de regreso a casa decidí obtener respuestas. Estaba decidida a saber qué era lo que estaba ocurriendo, y por un momento olvidé quién era la persona con la que estaba hablando.

- Padre, ¿Qué ha sido todo eso? - pregunté firme.

- Nada querida, simplemente acabo de llevar a cabo el mejor negocio de mi vida- dijo alegre. Era extraño, a mi padre nunca la habían fascinado las preguntas, menos cuando era yo quién las hacía.

- ¿En qué consistió ese negocio? - pregunté curiosa aprovechando que él estaba de buen humor.

- Oh si, olvidé decírtelo. En una semana te casas- informó él como si fuera algo simple, algo normal decirle eso a una niña de quince años.

- ¿Qué? ¿Con quién? - fueron las palabras que salieron de mi boca a pesar de que tenía muy en claro la respuesta. Cerré los ojos esperando una respuesta rezando para que no se tratara de quién yo tenía en mente.

- Richard, es más que obvio- soltó con suma naturalidad. Mi corazón dejó de latir por unos segundos, no podía ser cierto. Siempre supe que algún día esto iba a ocurrir, pues todos los padres elegían un prometido para sus hijas cuando cumplían mi edad, pero jamás supuse que iba a ocurrir tan pronto. Ni siquiera lo consultó conmigo, ¡Apenas conocía a ese hombre con el cual querían que compartiera el resto de mi vida! Y lo que sí conocía de él, no me

agradaba en absoluto.

- Al menos tendrás una gran casa con una enorme biblioteca- pensé tratando de calmarme y verle el lado bueno al asunto, pero no funcionó. No podía pensar en una vida con él, simplemente me negaba a hacerlo. Sin embargo, había poco que yo pudiera hacer, pues era pequeña y una mujer. Debía dejar que todo eso pasara sin quejarme, era eso lo que mi padre había elegido para mí, y era eso lo que lo había hecho feliz.

3

Tan pronto como llegamos a casa comencé a correr escalera arriba y me encerré en mi habitación. Una vez adentro, me invadió el silencio, y me apoyé de espalda a la puerta con la respiración entrecortada. Poco a poco me dejé caer a medida que las lágrimas comenzaban a brotar de mis ojos y caer por mis rosadas mejillas, y terminé de cuclillas con mis manos cubriendo mi rostro.

Me preguntaba porqué me estaba ocurriendo todo eso, era consciente de que todo ocurría por alguna razón, pero en ese momento no era capaz de pensar cual era el plan que mi vida estaba siguiendo.

Con el pasar de las horas, me cansé de encontrarme en esa posición, por lo que me senté sobre el suelo de madera y llevé mis rodillas a mi pecho ocultando entonces, mi rostro entre mis piernas mientras sollozaba en silencio.

Tres días pasaron y yo permanecí allí, no me sorprendió en absoluto que mi padre jamás apareciera por allí preocupado implorando que saliera, era evidente que a él no le importaba.

Me puse de pie lentamente y me acerqué a un espejo de bronce que tenía allí, uno de esos que son tan largos, que uno puede verse de pies a cabeza. Pude observar mi cabello rubio con bucles un poco enmarañado y desprolijo a causa de las noches en vela y por el simple hecho de que hacía tres días que no lo peinaba. Luego, observé mi rostro, todo el maquillaje que había utilizado se encontraba corrido ensuciando mi pálido rostro a causa de las lágrimas que habían caído de mis ojos azules cual mar. Mi vestido se veía igual que siempre, tal vez un poco más sucio, pero estaba intacto.

Me acerqué a mi ventanilla, los pastizales... allí era donde anhelaba estar ahora, quería perderme allí, y que ninguno de ellos me encontrara jamás. Parecía una idea tentadora, pero cuando me di cuenta de que era una locura, lo descarté sin saber que pronto no sería algo tan difícil de cumplir como pensaba.

Miserable, recorrí los corredores de mi hogar con mi mirada clavada en el suelo. Me detuve frente a la cocina, me preguntaba si todos allí ya se habían enterado de las noticias.

- ¡Pequeña Cathy! Lo sentimos mucho...- se lamentó Sammy al verme entrar allí, eso respondió a mis preguntas. Seguramente todos los que trabajaban en la casa ya se habían enterado de todo.

- Eso no importa, ya está hecho el acuerdo- comenté con tristeza mientras tomaba asiento en una de las butacas de madera que se encontraban allí.

- Sabemos que no te agrada ese sujeto, no tengo idea de lo que estaba pensando tu padre cuando...

- Si... lo sé. Me repugna la idea de pasar con él una tarde, y ahora esperan que pase el resto de mi miserable vida con ese cerdo- comencé a criticar a mi prometido con todo insulto que se me venía a la cabeza. Sammy colocó una de sus manos en mi hombro, mostrándome su apoyo. Solté una débil sonrisa, al menos ella me comprendía...

- Tengo que hacer algo, no puedo quedarme así para siempre, está decidido, ¡Yo no me casaré con ese muchacho! Tengo que hacer algo. Probablemente el día en que me case será la última vez que vea a mi padre. No me importaría decirle unas cuantas cosas antes- aseguré con confianza. Samanta me miró con sorpresa, en tres segundos había cambiado mi forma de ser abruptamente.

Estaba decidida a evitar esa boda sin temerle al fracaso, al menos debía intentarlo, y definitivamente no me importaba demasiado morir en el intento.

Salí corriendo de allí y me interné en mi cuarto, como siempre era ese el único lugar en el que me sentía segura, el único lugar en el que era libre de hacer lo que deseara sin la mirada de mi padre.

Regresé a mi ventana para inspirarme con la esperanza de que alguna ingeniosa idea saliera a la luz. Entrecerré los ojos para concentrarme, pero las horas pasaban y no ocurría nada. Luego, clavé mi vista en el horizonte, y ahí fue cuando comprendí que mi salida se encontraba justo frente a mis ojos.

- Entonces, al amanecer, mañana, utilizaré una cuerda, claro que aun debo conseguir una... pero el tema es que bajaré y huiré a los pastizales. Ahí me esconderé y... ya veré que hacer. Encontraré alguna de esas chozas abandonadas que la gente dice ver cuando camina por esa zona y viviré ahí- le expliqué todo mi plan a mi única confidente en la casa.

- Es una buena idea, pero... ¿Qué hay de su padre? No creo que se lo tome muy bien. Y yo... yo que sé dónde están esas dichosas chozas, estaré muerta de la preocupación, no seré capaz de dormir pensando en que algo malo le pueda llegar a pasar- trató de razonar la cocinera.

- Estaré bien, mira, te prometo que de alguna forma u otra te mantendré al tanto de todo. No planeo irme por siempre, solo lo suficiente como para que el duque cancele la boda. De alguna forma, te mandaré cartas, y sabrás dónde estoy. Cuando lo que te dije antes ocurra, por favor búscame- dije con suma seguridad. Sammy asintió aún dudosa y me abrazó para despedirme, pues ambas sabíamos que no nos volveríamos a ver en un largo tiempo.

Tomé varias cosas de la cocina y me las llevé para poder empacar todas las cosas que creía que me podrían ser de utilidad.

Anocheció, y la emoción me invadía, pues era el primer acto de desobediencia a mi padre que haría en mi vida, y a la vez, me encontraba nerviosa, no estaba segura de cuales serían las consecuencias de mis actos y

eso me abrumaba.

Pronto llegó la hora de la cena, y decidí no bajar por comida ya que no me sentía capaz de ver a mi padre a los ojos, al menos no sabiendo lo que iba a hacer.

La medianoche llegó, y no era capaz de pegar un ojo, estaba nerviosa, y las dudas comenzaban a invadir mi mente, ¿Estaba haciendo lo correcto? ¿Cuales serían las consecuencias de mis actos? Pronto lo sabría.

Eran las cinco y media de la madrugada, y a penas comenzaba a amanecer. Asomé mi cabeza por la ventana y pude oír como los primeros cantos de los pájaros comenzaban a aparecer. Inhalé con fuerza el aire que entraba desde afuera y mis ojos se perdieron en los extensos pastizales, lugar dónde estaría mucho tiempo. Al poco tiempo, una ventisca invadió mi habitación, y agobiada por el frío, la cerré.

Me cambié de ropa, pues no planeaba marcharme en camisón. Pasaron al menos treinta minutos y yo seguía allí, mirando en mi armario la cantidad de vestidos que poseía sin poder decidir que era lo que iba a ponerme. Debía ser algo elegante y a la vez cómodo. No podía ir allí con un vestido de gala, así que descarté la mayoría de los vestidos que tenía en mi armario. No fue hasta que ya no me quedaba nada más para probarme que me di cuenta de que no tenía nada que vestir para aquella ocasión.

No sabía qué hacer, debía encontrar algo que ponerme y rápido. Fue ahí cuando una idea vino a mi mente, los vestidos de mamá. Sabía muy bien que, tras su muerte, mi padre había sacado todas sus pertenencias de su habitación y las había empacado en cajones de madera, seguramente se hallaban en el desván cubiertas de polvo.

Lo más silenciosa que pude, subí las escaleras viejas y desgastadas de madera, las cuales rechinaban bajo mis pies, hasta llegar a aquel lugar dónde todo lo que debe olvidarse se guardaba. Al entrar, no pude evitar soltar un estornudo debido a lo polvoriento que se encontraba el lugar. Miré hacia todos lados, había centenares de cajas y muebles gastados o rotos esparcidos por todos lados. Traté de abrirme paso entre las pilas de objetos abandonados que se hallaban amontonados, sin ningún orden. No tenía la más mínima idea

de cómo haría para encontrar una caja en específico entre aquél mar de cosas sucias y polvorientas.

Me acerqué a uno de los rincones del desván y fruncí el seño al ver telarañas en todos los lugares posibles. Pude notar que más cercana a la entrada, habían alrededor de cinco cajas de madera, lo curioso era que parecían menos polvorientas y antiguas que las demás. Sin dudarlo me acerqué allí. Abrí una por una cada caja y, saqué y examiné su contenido.

Por un momento, sentí melancolía, tristeza profunda y real invadir mi corazón. Nunca había apreciado a mi madre hasta que murió. Me preguntaba porqué había sido necesaria su muerte para que comprendiera lo que significaba para mí, sonaba egoísta, jamás le había podido demostrar lo que ella significaba para mí, y ahora era demasiado tarde.

Aparté mi mirada, y dejando de lado todo pensamiento, continué con la búsqueda.

- ¡Bingo! - exclamé al encontrar una caja con vestidos y ropa de mi madre. Comencé a revolver el contenido en busca de algo que no fuera demasiado lujoso. Luego, mis ojos brillaron al encontrar exactamente lo que necesitaba. Me preguntaba qué era lo que hacía semejante prenda entre los vestidos lujosos de ella. Simplemente no podía imaginarme a una persona tan elegante como lo era mi madre vistiendo de esa manera.

Tomé entre mis brazos el simple vestido. Lo observé más detenidamente y pude notar que estaba gastado. Era color crema decorado con pequeñas flores naranjas desparramadas por todo el vestido, igual al de una campesina común y corriente. Sonreí y me cambié de ropa.

Una vez en mi alcoba, me miré en el espejo. Se sentía extraño usar algo tan simple después de haber utilizado joyas y vestidos dignos de la realeza. Una vez lista, me agaché y miré debajo de mi cama buscando algo. Reconocí mis

maletas y las saqué fuera de su escondite, había decidido dejarlas allí por un tema de precaución, pues me aterraba la simple idea de que mi padre se decidiera a entrar y se encontrara con el equipaje.

Me disponía a irme cuando recordé algo importante, un detalle elemental que había olvidado, la cuerda. Me acerqué a la ventana por la que había planeado escapar y miré hacia abajo, no había manera de hacerlo sin una soga resistente. Por unos minutos me maldije por lo olvidadiza que había sido, pero no estaba dispuesta a abandonar el plan.

No sabía de ningún lugar dónde pudiera conseguir este elemento tan esencial a esa hora de la mañana, por lo que mi única salida era la puerta principal.

Tragué saliva pensando en las infinitas posibilidades que había de que algo saliera mal, de que fuera descubierta y atrapada. Me escabullí por los extensos corredores de mi casa ya alumbrados por la luz del sol saliente hasta llegar a la escalera. Bajé arrastrando a cuestas mi maleta intentando no hacer ruido, y una vez abajo, me encontré en la sala principal. Me volteé. Allí, tan cerca y tan lejos se encontraba la puerta, aquella puerta hacia la libertad. Me acerqué a ella de puntillas y tomé la manija de oro. Traté de abrir la puerta, y para mi sorpresa, no fue difícil, estaba abierta, alguien debía de haber olvidado cerrarla la noche anterior.

Entrecerré mis ojos al súbitamente recibir la luz de un nuevo día en mi cara. Una vez que la luz del sol ya no aturdía mi vista, me quedé maravillada, ¡Lo había conseguido! Solté un grito triunfal, y logré escuchar a lo lejos como alguien se acercaba a ver qué era lo que estaba ocurriendo. No podía quedarme allí más tiempo, echándole un último vistazo a la casa, comencé a correr hacia los pastizales, mi único refugio. Corrí tan rápido como pude, hasta que finalmente la casa que tanto detestaba se había perdido en la

distancia.

Estaba en el lugar al que había deseado llegar, el sol brillando en mi rostro y el viento sacudiendo salvajemente mi cabello suelto.

- Con que así se siente ser libre- murmuré consciente de que estaba sola y que nadie podría escucharme.

Caminé a través de las gramíneas y los juncales, y cuando mi piel entraba en contacto con dicha vegetación, sentía un cosquilleo invadir mi cuerpo. Sin embargo, no tenía idea de dónde estaba, y no había manera de ubicarme sin un mapa, pues jamás había prestado atención cuando mi institutriz me hablaba de la orientación a través de las estrellas. Decidí mantener la calma, si seguía avanzando, solo lograría adentrarme más en la pradera, y eso solo empeoraría las cosas.

Sin notarlo, las horas pasaban y no podía pensar en ninguna forma de salir de esa situación. En esos momentos deseaba haber valorado la importancia de la orientación cuando había tenido la oportunidad, y sin darme cuenta, el sol comenzó a caer. Ahora me enfrentaba al momento más temido por el hombre cuando convive con la naturaleza, la noche.

Lo único que podía hacer era encender un fuego, pero no era buena idea, no en esa zona. No tenía la más mínima idea de qué era lo que debía hacer, pero sabía con certeza que debía hacer algo rápido.

Nada había salido como lo planeado, casi me descubrían, y ahora, me encontraba varada allí en plena noche.

- ¿Qué es lo que hago ahora? - me pregunté intentando de recordar toda la información que me había dicho mi institutriz acerca de este lugar, sin duda lo que más me preocupaba era el tipo de animales que merodeaban por allí. Para mi mala suerte, no recordaba nada.

Miré al cielo en busca de estrellas, cuando estaba asustada era algo que solía hacer, luego elegiría una y clavaría mi vista en ella olvidándome de todo lo que estaba ocurriendo a mi alrededor. Para mi mala suerte, no había ninguna. No había estrella alguna en el cielo, estaba nublado. Mi rostro palideció al entender lo que esto implicaba.

- ¡Rayos! - grité furiosa conmigo misma, sabía que se aproximaba una tormenta, y a pesar de que en cualquier otro día habría estado encantada, ese día resultaba una maldición.

Corrí tan rápido como pude, debía encontrar algún refugio con prisa antes de que comenzara a llover. Miré hacia mis costados, ¿Dónde estaban los árboles cuando uno los necesitaba?

Continué corriendo hasta que por milagro vislumbré un árbol. Era pequeño, pero serviría. Llegué allí y tomé asiento bajo las ramas cubiertas de hojas justo a tiempo para escuchar un trueno. Me acurruqué junto al árbol con temor, pues me sentía indefensa, a merced de cualquier animal, e incluso de

la lluvia.

Cerré mis ojos con fuerza, y cuando al fin estaba quedándome dormida, otro trueno me sobresaltó. Me preguntaba qué era lo que debía de estar pasando en mi casa, seguramente mi padre ni siquiera se había percatado de mi ausencia aún, a pesar de que mañana sería la fecha de la supuesta boda. Aún no podía creer que lo había hecho, que había escapado, y que la situación en la que me encontraba ahora era aún peor que la situación de la que había querido escapar.

Junté mis piernas y las pegué a mi pecho, luego oculté mi cabeza entre ellas esperando que la tormenta empezara pronto. Sin darme cuenta, las lágrimas comenzaron a resbalar por mis mejillas, tenía miedo, incluso más miedo del que le podría alguna vez tener a mi padre.

Miré hacia adelante justo cuando las gotas comenzaban a caer. Al principio eran pequeñas gotas de agua que caían lentamente, una leve llovizna, y luego, a los pocos minutos, se convirtió en un diluvio.

El árbol ya no era un refugio para mí, menos cuando el viento soplaba de forma tan violenta que parecía que lo iba a arrancar. Automáticamente, coloqué ambas manos sobre mi cabeza creyendo que en cualquier instante este podía caer sobre mí.

Efectivamente, en un momento determinado de la noche, el viento frío y fuerte, que arrastraba consigo gotas de agua, logró arrancar el árbol, haciendo que este comenzara a caer hacia adelante, justo encima mío. Miré la escena aterrada, debía reaccionar, mojarme ya no era de importancia si mi vida peligraba. Logré girarme y apartarme hacia un costado para evitar que mi cuerpo fuera aplastado, y por obra del destino, mi pierna no tuvo tanta suerte. Quedó atascada bajo una rama demasiado gruesa y pesada para que la levantara con mis propios brazos.

Pude sentir la lluvia empapándome de pies a cabeza. Miré hacia el árbol con tristeza, no había podido salvar mis pertenencias. Después dirigí mi mirada hacia mi pierna enterrada bajo el árbol, grave error. Desde ahí, comencé a sentir un intenso dolor en mi pierna herida. Traté de moverme, pero el esfuerzo fue en vano, la rama era demasiado pesada.

Me senté en el suelo y comencé a tirar de mi pierna mientras al mismo tiempo me retorció de dolor. Levanté mi mirada y pude ver un rayo caer sobre otro árbol no muy lejos de allí. Solté un aullido de terror al ver como este se prendía fuego. Seguí tratando de librarme, pero nuevamente fue imposible.

El fuego, que estaba devorando al árbol poco a poco, se fue expandiendo, y pude ver como comenzaba a tomar fuerza. Las llamas, que ya habían llegado hasta el suelo, se comenzaron a expandir hasta que incluso el césped fue devorado por ellas.

Abrí los ojos con angustia al ver como el fuego se acercaba hacia mi. Justo cuando las llamas iban a tocar el árbol en el que debajo se encontraba mi pierna, logré apartar la rama y liberarme.

Como pude, comencé a correr, el fuego detrás mí avanzaba con furor, parecía como si estuviera determinado a comerme viva. Miré hacia el suelo, mi pierna derecha sangraba, y cada vez que apoyaba mi pie derecho en el suelo, sentía como mis fuerzas me abandonaban abruptamente. Aún no sé como logré escapar, pues a pesar de estar herida, pude salir con vida de ahí. Sin embargo, eso no ocurrió hasta que salté hacia un río. Por un momento me sentí a salvo, eso fue hasta que descubrí que la corriente era demasiado fuerte para soportarla. Traté de estar despierta para poder mantenerme de pie, pero poco a poco la vista se me nubló, y sentí como me dejaba arrastrar por la corriente del agua y al sentir como mi cabeza se golpeaba contra algo duro,

seguramente alguna roca, perdí la consciencia.

Abrí mis ojos lentamente, y al sentir el agua debajo de mí, supe que aún estaba flotando. Sobé mi cabeza con una de mis manos y me puse de pie. Al sentir el dolor proveniente de mi pierna, recordé lo ocurrido la noche anterior. Me arrastré fuera del agua tan rápido como pude y luego, miré hacia mi alrededor. Necesitaba ayuda, pero no sabía en dónde conseguirla. Traté de concentrarme, y eso solo provocó que la cabeza me comenzara a doler también. Toqué el lugar de donde provenía el dolor, y me alteré al comprobar que tenía una herida sangrante. Me arrastré a través del pastizal hasta divisar a la distancia una pequeña casa de madera. Sonreí torpemente al pensar que esa sería mi salvación.

Al llegar, toqué la puerta con las últimas fuerzas que me quedaban, y al ver que esta se abría lentamente, comencé a ver las cosas borrosas nuevamente.

- ¡Mamá! ¡Hay una niña aquí afuera! Parece en problemas- dijo una voz aguda y aniñada proveniente de una pequeña de probablemente cuatro o cinco años. Al estar segura de que alguien me iba a ayudar, no le vi el sentido a seguir luchando, así que me quedé allí, y observé como todo a mi alrededor se volvía oscuridad.

Sentía mis párpados pesados, y a pesar de haber recuperado la consciencia, no me atrevía a abrir los ojos. En varias ocasiones pude escuchar pasos, y eso me alivió. Al menos estaba rodeada de personas, ellos debían de estar ayudándome.

Comencé a pestañar, y abrí lentamente mis ojos. Observé a mi alrededor la habitación en donde me encontraba. En un principio me sobresalté, pues estaba segura de que me encontraba en mi cama. Pensé que me habían encontrado, y que hoy me casaría con Richard. Pero luego, pude comprobar que no era así. Me encontraba en una habitación compuesta en su mayoría por madera. Esta, estaba gastada y parecía vieja. Me encontraba en una casa ajena. Estaba recostada sobre un colchón de paja, que sorprendentemente era bastante cómodo, y las sábanas eran tan viejas como la casa, y estaban sucias, pero al menos me protegían del frío.

Me levanté e intenté caminar, pero a pesar de estar vendada, mi pierna aún no reaccionaba, por lo que caí al suelo.

Pronto, una señora regordeta se adentró en la habitación alarmada por el ruido que había provocado mi caída. Ella era pelirroja y de baja estatura, llevaba vestido marrón andrajoso y no utilizaba calzado alguno. Sus ojos eran marrones y pequeños a pesar de su rechoncha cara, y, sin embargo, lo que más me sorprendió de su aspecto, fue su enorme sonrisa. Ella estaba sonriéndome, a mí.

- Pero porqué te levantas pequeña, si aún estás herida- me reprochó ella con la preocupación de una madre. Esa última palabra resonó en mi cabeza.

Yo le sonreí amablemente, y al parecer, con ese simple gesto, ella pudo

entender la gratitud que sentía hacia aquellos que me habían acogido.

- Simplemente, había olvidado lo que pasó- respondí mientras ella pasaba uno de mis brazos por la parte de atrás de su nuca y me ayudaba a levantarme para llevarme de regreso a mi cama.

- ¿Hay algún cartero por aquí? - pregunté recordando mi promesa a Sammy. Ella asintió dudosa.

- En ocasiones, de vez en cuando viene- explicó la señora.

Entonces, pedí un frasco de tinta, una pluma y un papel, y comencé a escribir la carta contándole todo lo que había ocurrido hasta el momento. Era la hora de decirle en dónde me encontraba, pero ni yo estaba del todo segura.

- ¿Su dirección? - pregunté tratando de que no creyera que deseaba irme, sino contarles en dónde estaba.

- El pueblo de Ridgeton, en las afueras. Muy cerca de las praderas. Una casa de madera...

Mientras ella hablaba, yo anotaba todo lo que decía, pues al parecer, no tenían una dirección concreta. Al finalizar, firmé la carta y se la entregué a ella, quién aseguró que se la entregaría al mensajero del pueblo en cuanto él apareciera por la puerta.

Estábamos conversando animadas cuando una pequeña entró llamando a gritos a su madre.

- ¿Qué sucede Amy? - preguntó la señora cuyo nombre aún no sabía.

- ¡Ya llegó Peter del trabajo! - gritó ella ignorando mi presencia.

- Ese chico es un santo... no puedo creer que mi hijo de diecisiete años trabaje solo para mantenernos- comenzó la madre emocionada. Yo observaba la escena atónita sin tener nada que aportar.

- ¿Quién es ella? - preguntó la niña luego señalándome con su dedo índice. Ambas me miraron expectantes esperando que revelara mi nombre.

- Catherine- comenté con rapidez.

- Yo soy Amy, y ella es mi mamá, Emily- presentó la niña. Al oír su voz, recordé a quién me había atendido cuando toqué la puerta, aquella voz aguda que había llamado a gritos a su madre. Asentí con lentitud sonriendo.

Siempre había vivido rodeada de lujos, y a pesar de que esa casa no era lujosa en absoluto, no parecía importarme.

- Hola mamá, ¿Por qué hay tanto griterío? - preguntó un chico adentrándose en la habitación de forma casual.

Me quedé observándolo detenidamente. Parecía ser tan solo un poco mayor que yo, tenía cabello corto y era morocho. Sus ojos eran verdes como el pasto, cuando este es iluminado por el sol. Se vestía como cualquier otro campesino, incluso puede que peor, y aún así, con tan solo mirarlo a los ojos, pude conocer muchas cosas de él. Parecía ser alguien tierno y amable. Ya había oído, por parte de su madre, lo colaborador que era y lo mucho que le importaba su familia. Parecía una persona perfecta, a pesar de que sabía que todos tenían defectos, de todos modos, ni siquiera lo conocía.

- Ella es Catherine hijo, hace unos días, ella se extravió en una tormenta y llegó hasta aquí malherida- presentó Emily mirándome con dulzura.

Fue entonces que el joven se volteó a verme, y al sentir sus ojos clavados en mí, me sentí algo incómoda, sentía como si la tierra quisiera tragarme viva. Luego, no pude evitar saludarlo con algo de vergüenza y timidez.

Él me devolvió el saludo nervioso y rápidamente desvió su mirada al suelo.

- Peter, querido, sé que acabas de llegar y... que estás muy cansado, pero, ¿Crees poder ir al pueblo nuevamente y entregarle esto al cartero? - preguntó

su madre arrancándome la carta que tenía en las manos. El chico asintió con energía y, nuevamente posó su mirada en mí sabiendo que esa carta era de parte mía. Sin decir más, se retiró de la habitación.

- Ahora, Catherine, debes de tener hambre- supuso Amy mirando a su madre. Con todo lo que había pasado, lo había olvidado por completo. A penas ella nombró la palabra "hambre" me di cuenta de que no había comido, y que mi estómago rugía reclamándome comida. Asentí para indicarles que tenían razón, y luego, Emily se retiró a paso presuroso hacia algún lado que supuse que era la cocina dejándome a solas con la pequeña Amy.

- Entonces, ¿Te quedarás con nosotros? - preguntó ella con esa expresión de inocencia que tanto caracterizaba a los niños pequeños.

- No lo sé, supongo que durante un tiempo- confesé, pues ni siquiera me había parado a preguntarme eso.

- ¿Te gusta tu cuarto? - preguntó luego. Yo asentí, a pesar de ser humilde era bastante acogedor y tenía todo lo que necesitaba allí.

- ¿Serás la nueva novia de mi hermano? - preguntó ella. Me quedé perpleja ante tal pregunta. No creía que eso fuera a ocurrir, era prácticamente imposible pues estaba comprometida. Y sin embargo, esa no fue la respuesta que salió de mis labios.

- Quizá- murmuré lo suficientemente alto como para que ella pudiera escucharme. Los ojos de la pequeña se ensancharon y soltó un pequeño grito de emoción.

Me odié por haber dicho eso, realmente no era lo que había deseado decir, y sin embargo fue lo único que salió de mis labios.

Al poco rato regresó la señora con un trozo de pan en las manos y unos vegetales.

- Sé que no es mucho, pero es lo que hay- susurró apenada. Yo observé la comida. Estaba emocionada, pues sería la primera vez que comería sin utilizar cubiertos, y sin preocuparme por mis modales.

- ¿Está bromeando? ¡Es perfecto! - grité entusiasta. Emily sonrió ante mi reacción, definitivamente esperaba una mueca de desprecio de mi parte.

A los pocos minutos Peter regresó. No lo pude ver, pero podía oír su voz mientras jugaba con su hermanita menor. Sonreí con ternura desde mi cama, y luego de comer, escuché las historias que este le relataba a Amy desde la habitación de al lado, casi como si me las estuviera contando a mí.

Él había regresado, eso significaba que la carta había sido entregada, y en pocos días, cuando el casamiento fuera cancelado, regresaría a casa.

Los días pasaron y aún no recibía noticias de Sammy. Mi pierna iba mejorando y presentía que regresaría a casa antes de lo previsto.

Durante esos días, pude vivir una vida sin lujos en absoluto, lo único que comía eran verduras, pero no me importaba en lo más mínimo, pues podía hacerlo sin necesidad de cubiertos y modales. En aquella casa podía ser yo misma sin sentirme incomoda. Todos eran muy amables conmigo, y cuando comencé a mejorar, Emily le encargó a Peter que me hiciera alguna especie de bastón que me sirviera de apoyo, y así lo hizo.

- Gracias- murmuré cuando una especie de bastón de madera se me fue entregado.

- No hay porqué, un placer- comentó él sonriente. Luego, me ayudó a ponerme de pie y a comenzar a caminar sin utilizar en absoluto mi pie herido.

Luego, me dio un recorrido por la pequeña y humilde cabaña en la que vivía, en la que yo había estado viviendo. Era un poco mugrienta, y demasiado vieja, pero era acogedora.

- ¡Si! Cathy. Puedes caminar ahora. Puedes venir a jugar conmigo- exclamó Amy entusiasmada. Suponía que no tenía demasiada compañía, apostaba a que su hermano mayor no jugaba con ella a las muñecas, y mucho menos su madre, que trabajaba casi todo el día.

- Claro, ¿A qué juegas? ¿A las muñecas? - pregunté con dulzura. Ella asintió lentamente, y sin dejarme despedirme de su hermano, me arrastró hacia su habitación.

La pequeña de cinco años, tenía el pelo del mismo color que su madre atado en dos trenzas, y su cara estaba cubierta por innumerables pecas. Sus

muñecas eran obviamente hechas a mano, tal vez por su madre. Eran muñecas de trapo, y se encontraban un poco sucias, pero, de todas formas, disfrutamos el momento juntas.

Esa noche, bajé a cenar. Era la primera vez desde el día del accidente, que comía en una mesa en esa casa. Durante la cena no pude evitar mirar a Peter de vez en cuando. Comía como una fiera hambrienta, probablemente por que se pasaba la vida trabajando para mantener a su familia. Eso me parecía algo dulce de su parte, era lo más dulce que había visto a alguien hacer por su familia.

Sin darme cuenta, me había quedado mirándolo fijamente mientras me sumergía en mi propio mundo de pensamientos. Él pareció sentir mi mirada penetrante clavada en él, y me miró. Fue cuando nuestras miradas se conectaron que volví a la realidad, y tan pronto como regresé, volví a desaparecer. Ninguno de los dos estábamos prestando atención a nuestro alrededor, ni mucho menos a las miradas inquisitivas de quienes se encontraban a nuestro lado. No quería apartar la mirada, y él tampoco parecía querer, pues no lo hizo. Era extraño, siempre me habían incomodado ese tipo de situaciones, pero en este caso, era distinto, se sentía distinto.

- Entonces... ¿Quieren más sopa de verduras? - interrumpió Emily sacándonos del trance. Ambos negamos avergonzados, y yo no pude evitar sonrojarme, ¿Cómo era posible que fuera tan torpe?

Esa noche no pude dormir pensando en qué era lo que debía estar ocurriendo en casa. Probablemente, mi padre estaba completamente enfadado, y mandaría a buscarme solamente para que la boda siga en pie. En cuanto al duque, el seguramente se encontraba frustrado, e intentando cancelar la ceremonia. Sammy, ¿Habría ella recibido la carta? Y si lo hizo, ¿Porqué no venía a buscarme? Luego recordé nuestra promesa. Ella vendría

por mí tan pronto como el casamiento fuera cancelado. Si no había venido aún solo había dos posibles razones, o no había recibido la carta, o mi padre estaba determinado a casarme con Richard.

A la mañana siguiente, bajé a la cocina temprano por el desayuno. Miré hacia todos lados, ¿Dónde estaba la leche? Emily siempre me traía una deliciosa taza de leche todas las mañanas, siempre había, y ahora, la cocina estaba vacía.

Comencé a abrir los estantes, empezando por los de arriba para continuar con los de abajo.

- ¿Qué es lo que buscas? - preguntó una voz a mis espaldas. Al oír lo que me había preguntado, me sobresalté, creía que estaba sola, y mi cabeza se golpeó con la parte de arriba de un cajón entreabierto, pues estaba agachada ¿Qué hacía una persona despierta a estas horas?

- ¿Qué? -pregunté sobándome la cabeza con dolor.

- Ten cuidado, ya estas herida, no quieres empeorar tu situación, ¿O sí? - me preguntó Peter buscando algo de hielo.

- Me asustaste- confesé aún confundida por el golpe.

- Lo sé, no sueles ser tan torpe- admitió él. Luego, miró a mi bastón, que yacía en el suelo y sonrió.

- ¿Te sirve? - preguntó él. Antes de responder, lo observé detenidamente. Su cabello marrón habitualmente peinado, se encontraba alborotado, y sus ojos verdes me miraban expectantes.

- Claro. Así al menos puedo moverme- le dije entre risas. Luego, él se me unió y ambos reímos juntos por varios minutos hasta que la pequeña Amy bajó somnolienta a la cocina.

- ¿Qué pasa linda? - le pregunté con cariño.

- Resulta, que estaba durmiendo muy plácidamente en mi cama cuando empiezo a escuchar voces de abajo. Así que, si no quieren despertar a mamá también, ¡Cállense! - gritó la pequeña con furia mientras regresaba a su habitación dejándome perpleja. Ella era una niña dulce, ¿Porqué de repente se portaba así con nosotros? Me volteé a ver a Peter, quien no parecía del todo sorprendido.

- ¿No te sorprende que nos haya hablado así? - pregunté extrañada. Él solo negó con la cabeza mientras se sentaba sobre la mesa de madera y mordía una manzana roja.

- Siempre es así. No hay que molestarla mucho cuando está de mal humor- explicó el chico.

- Y bien, ¿Qué harás hoy? - pregunté intrigada.

- No mucho, debo ir a trabajar- respondió repentinamente enfadado. Definitivamente había algo ese día en particular que estaba cambiando la actitud de todos.

- ¿Porqué te enfadas? Lo haces todos los días- pregunté preocupada.

- Lo sé, lo hago por ellos. No es algo que disfrute en realidad, menos con los compañeros con los que trabajo- explicó él cansado.

- ¿Y de qué trabajas?- pregunté interesada, pues todos los días oía como su familia hablaba de su trabajo, y sin embargo nunca mencionaban cuál era su oficio.

- Trabajo en una escuela publica, curioso, ni quiera asistí a una de pequeño. Pero no soy profesor, soy el conserje por así decir- admitió el chico avergonzado, creyendo que me reiría de él.

- Genial. No tiene nada de malo tu trabajo. Los niños deben apreciarte mucho- traté de animarlo, y una sonrisa de satisfacción acudió a mi rostro al

ver como el rostro del joven se iluminaba.

- ¡Acompáñame hoy! - pidió él. Definitivamente no era lo que esperaba oír, pero no podía negarme a estar con él. No importaba a dónde fuera, ni a hacer qué, si él me lo pedía no podía resistirme.

Ese día, él me llevó a la escuela dónde trabajaba, y por supuesto, todo era nuevo para mí. Me habían educado en casa, nunca había pensado en las escuelas, si tan solo mi padre me viera ahora...

Mientras los niños se encontraban en clases, él debía encargarse de limpiar todo. Me ofrecí a ayudarlo, y cuando aceptó supe que había cometido un gran error. No tenía idea de cómo hacerlo. En la mansión había gente a cargo de eso. Cuando Peter vio que me había quedado allí plantada al suelo sin hacer el más mínimo movimiento con un trapo en la mano con la que no sujetaba el bastón, se acercó a mí.

- ¿Qué pasa? No me digas que no sabes hacerlo- comenzó a bromear él-. Todo el mundo limpió algo alguna vez en su vida.

- Entonces no soy nadie. Jamás he tocado una escoba ni un trapeador, mucho menos un trapo en toda mi vida- confesé con la voz entrecortada. Al escuchar las palabras que habían salido de mi boca, el chico calló, ya que sabía que estaba hablando en serio.

- Pues déjame enseñarte, algún día debes aprender- añadió él tratando de reconfortarme.

Gracias a su ayuda, comprendí como hacer las cosas por mi cuenta, y se sentía tan bien. Pude ayudarlo con sus tareas, y para el receso, habíamos terminado.

- Prepárate, es hora de la mayor pesadilla del día- advirtió Peter entre susurros cuando los niños comenzaron a abandonar sus respectivas aulas.

- Esos niños están tan cansados como tú- le reproché, pues últimamente, había descubierto que tenía cierta debilidad por ellos.

- No es a eso a lo que me refería- dijo él señalando a un niño que tiraba el envoltorio de una golosina al suelo-. Eso es lo que pasa. Ellos ensucian, yo limpio.

Para mi sorpresa no se me ocurrió nada qué decirle, tal vez en el fondo sabía que tenía razón.

Cuando todo hubo terminado, regresamos a la cabaña exhaustos. Al abrir la puerta de madera, mis ojos se abrieron a causa de la sorpresa que me esperaba allí.

- ¡Sammy! - exclamé corriendo a sus brazos. Ella me recibió con un fuerte y acogedor abrazo. Sentí como la alegría invadía mi cuerpo, y mi cuerpo recargó en tan solo un segundo toda la energía que había perdido a lo largo del día entero. Peter, quien había entrado atrás de mí, miraba la escena confundido al igual que su hermana, quien no se había ni siquiera percatado del regreso de su hermano mayor.

- Venga señora, siéntese aquí- dijo Emily mientras señalaba una silla de madera para que tomara asiento.

- Tengo noticias- canturreó la cocinera con felicidad.

- Cuéntame todo- le imploré con ansias.

- Su padre, vaya sorpresa se dio al entrar a su habitación y no encontrarla. Sus gritos resonaron por toda la casa. Si no vine aquí antes, fue porque su padre, tan terco como siempre se negaba a cancelar la boda- se disculpó Sammy. Todos los presentes callaron, pues era evidente que jamás habían sabido la razón por la que había estado merodeando a solas por los pastizales en medio de la noche, no sabían nada de mí ni de mi vida, y a causa de ello,

se encontraban escuchando cada palabra que salía de la boca de la intrusa con atención.

- Y, supongo que ya se canceló- repuse extasiada. Ella solo asintió mientras lágrimas de emoción salían por sus ojos. Sammy adoraba ser la portadora de buenas noticias, y en más de una ocasión se había emocionado al contarlas.

- No puedo creer, ¡Moría por regresar! Estoy cansada de estar aquí - grité. Grave error. Todos los habitantes de la casa guardaron silencio. Me tapé la boca con horror. No podía creer que semejantes palabras habían salido de mi boca. Peter me dirigió una mirada de decepción y enojo. Luego, todos se retiraron apenados, dejándonos a Sammy y a mí a solas.

- ¿Estás lista? - preguntó ella.

- De hecho, no. He resultado muy herida de esa tormenta. Aquí tengo todo lo que necesito por ahora. Dile a papá que sabes donde estoy, pero que estoy muy muy herida como para regresar. Dile que regrese en unas dos semanas, ahí seguramente ya estaré bien- le comandé a ella. Realmente deseaba no tener que marcharme, no aún. Me había encariñado demasiado con el lugar y con sus habitantes. Podría haberme marchado a pesar de esto, pero no deseaba irme sin haber aclarado mi error con ellos. Sabía que lo que había dicho los había ofendido demasiado, no merecían esas palabras. Ellos habían hecho todo a su alcance para poder garantizar mi bienestar, y no había tenido la oportunidad de expresarles mi gratitud. También, habían conseguido hacerme sentir feliz, aceptada, y algo que jamás nadie me había hecho sentir, por primera vez me sentía parte de una familia.

- Bien, cumpliré esa orden Catherine, pero en dos semanas vuelvo por ti, y no me harás cambiar de opinión- sentenció Sammy con seriedad. Tragué saliva y asentí para luego guiarla hasta la puerta.

Una vez que la puerta estaba cerrada, suspiré intranquila, creía que todos estaban enfadados conmigo, y sinceramente sentía que tenían razón al estarlo.

Al dirigirme con pesadumbre a mi habitación, me encontré a Amy. Ella estaba jugando con sus muñecas en el suelo, y al verme, su rostro se ensombreció.

- ¿Sigues aquí? - preguntó ella fastidiada. No respondí a su pregunta, era más que evidente que el hecho de que no me hubiera marchado la había sorprendido. Ella guardó silencio, y solo se limitó a mirarme fijamente mientras avanzaba con dificultad hasta mi cuarto.

Durante los dos días que siguieron, esa casa fue un intenso infierno para mí. Cada vez que me cruzaba con alguien, ellos se decidían a mirarme enfadados, o a simplemente ignorarme. Emily aún me traía la comida, pero tan solo entraba a mi habitación para realizar esa tarea. Peter, de él no sabía absolutamente nada. Salía a la mañana temprano al trabajo, regresaba tarde, y los escasos momentos en los que se encontraba dentro de la casa, me evitaba.

- Discúlpame- susurré una noche en cuanto Emily se adentró en la habitación para traerme comida. Ella pareció escucharme, y yo la miré expectante, pero ella no contestó.

- ¡Lo siento! Enserio, ya lo dije, pero lo vuelvo a repetir. Realmente lamento lo que dije, fue muy egoísta de mi parte- comencé a gritar. Estaba cansada de que todos actuaran como si no existiera.

Emily se quedó plasmada ante mis gritos, y simplemente esbozó una sonrisa.

- Lo sé. Yo sí te perdono, pero no será tan fácil convencer a los niños. Ellos son orgullosos- explicó ella con tristeza. Yo asentí indicándole que se retirara con amabilidad.

Tenía que idear algún plan inmediatamente, pues no sería fácil que ellos aceptaran mis disculpas.

- Por favor, por favor, disculpa, no fue mi intención ofenderte- fue lo único que pude decir al ver a Amy salir de su habitación. Ella se quedó parada frente al umbral, y después de unos segundos, se echó a reír a carcajadas.

- ¿Qué? - pregunté confundida.

- Nada, está bien- respondió ella dándome un abrazo que me tomó por sorpresa. No había recibido muchos de esos en mi vida, por lo que correspondí de inmediato rodeando a la niña con mis brazos.

- Ahora debes disculparte con Peter, él fue el más afectado en todo esto- dijo la pequeña señalando a la puerta de madera que se encontraba a su izquierda. Era Sábado, él no trabajaba los fines de semana, era mi oportunidad.

Toqué la puerta con los nudillos de mi mano varias veces, pero nadie atendía del otro lado. Abrí lentamente la puerta y busqué con la mirada a Peter, pero no estaba. Me interné aun más en la habitación, era tan simple como el resto de la casa. Se podía decir que era exactamente una replica de la mía.

- ¿Qué haces? - me preguntó una voz a mis espaldas. Me paralicé al reconocer a quién pertenecía la voz, y me volteé para ver a Peter. Él estaba junto a la puerta mirándome extrañado. Que vergüenza, solo me tocaba

esperar que no malinterpretara la situación.

- Nada yo...

- Asique no solo nos insultas, ahora también me espías, ¿Qué pasa contigo?
- me preguntó enfadado. No sabía que responder, seguramente si le decía la verdad empeoraría las cosas, por lo tanto, decidí clavar mi mirada al suelo.

Luego, sin esperar a qué el chico respondiera, salí corriendo de allí tan rápido como pude. No sabía que hacer, él me odiaba. No podía pensar una manera de hacerle ver que no había querido decir todas esas cosas.

Esa misma noche, bajé a cenar, podía sentir un silencio incomodo invadir la cocina. Nadie se atrevía a hablar, pues sabían que aun no había podido arreglar las cosas con el chico. Debo admitir que esa fue la comida más incómoda y tensa a la que había asistido, incluso más que la que había tenido con Richard.

Poder retirarme a mi habitación para dormir fue el mejor regalo que podían haberme otorgado. Me retiré a mi alcoba tan rápido como pude, y me tendí sobre la cama. Creía que iba a permanecer despierta toda la noche pensando inquieta, pero para mi sorpresa no fue así, a los pocos minutos caí rendida ante el sueño.

Me levanté en cierta hora de la madrugada con la garganta seca. Lamenté no haber tomado suficiente agua durante la cena, y me vi obligada a regresar a la cocina. Ni tenía ni la más mínima idea de dónde encontrar la tan deseada agua.

- ¿Buscas esto? -preguntó Peter, ¿Por qué siempre que iba a la cocina sola me encontraba con él? Miré como tenía en sus manos un vaso con agua, y asentí como respuesta.

- Pues que mal- dijo él bebiendo el agua.

- ¡No! - grité, me tapé la boca al recordar que las demás dormían.

El chico realmente parecía estar disfrutando hacerme sufrir.

- No deberías hacer eso- le reproché ligeramente enojada.

- Y tú no deberías habernos insultado- replicó él.

- No fue mi intención, ya te lo dije- recordé.

- Eso no es suficiente- exclamó él alzando un poco la voz.

- ¿Entonces qué quieres? - le pregunté con fastidio.

- Nada, el daño ya está hecho- respondió él dolido

- Oh pues, no quieres disculpas, dices que se requiere más que eso, te pregunto qué es lo que quieres y me dices esto, no te entiendo- respondí con franqueza.

- Pues yo creo que nadie te entiende a ti. Resulta que de repente me entero que eres una niña rica y malcriada- respondió él acercándose a mí para discutirme de frente.

- No tienes idea de lo que dices- le comenté señalándolo con mi dedo índice.

- Claro, no entiendo que posees millones en tus manos, que no has movido un solo dedo en toda tu vida, que tu mami y tu papi te malcriaron y mimaron toda tu vida entera dándote todo lo que quieres. Pues lo lamento su alteza, si esta casa no es como tu mansión- replicó él. Había llegado demasiado lejos, esas palabras podían sonar tentadoras, un sueño hecho realidad, pero él no entendía todo lo que había sufrido a pesar de obtener todo eso.

- ¡Basta! Nunca me insultes así, si vine aquí fue para escapar de eso, de toda esa prisión vestida de lujos- expliqué furiosa.

- Pues al menos no te falta el dinero preciosa- dijo él, y de todas las

palabras que había dicho anteriormente, esa fue la única que resonó en mi cabeza.

- No me llames así- me quejé. Sin darnos cuenta, mientras discutíamos, nos íbamos acercando más y más, y en ese momento solo había unos pocos centímetros de distancia entre ambos. Ninguno de los dos dijo nada, pues ambos teníamos el deseo de besarnos, pero no nos atrevíamos. Permanecimos así durante varios minutos, hasta que desvié la mirada. No podía comprender cómo habíamos, en ese momento, estado tan cerca, y a la vez tan lejos. Fue ese día en el que casi otorgaba mi primer beso, y fue por voluntad propia, nadie me había intentado de obligar a hacerlo.

- ¡Temía que te fueras! Que no te volviera a ver- confesó él para luego marcharse y dejarme plantada. Él me quería, me lo había confesado. Inconscientemente, una pequeña sonrisa apareció en mis labios.

- ¿Qué tienes ahí? - le pregunté a Peter cuando atravesó la puerta de madera con algo entre sus brazos.

- Nada que te interese, es para Amy- dijo él con sequedad. Aún no me perdonaba, pero estaba segura de que no pasaría mucho tiempo antes de que comenzara a aflojar.

Tan pronto como el nombre de la pequeña se mencionó, la aludida corrió a su encuentro para darle la bienvenida como usualmente lo hacía.

Entonces, Peter se puso de rodillas y sacó un paquete. La niña lo tomó entre sus aún pequeños dedos y comenzó a romper el envoltorio extasiada.

- ¡Feliz cumpleaños! - gritó el chico, y su hermana se abalanzó sobre él dejando en el suelo su regalo. Yo miré hacia esa dirección, y reconocí exactamente el regalo, un libro de cuentos. Lo tomé entre mis manos, de pequeña tenía uno idéntico, puede que incluso fuera el mismo. Todas las noches solía leer un cuento distinto antes de irme a dormir luego de mis clases de literatura, de esa forma mejoraba mi vocabulario y mi capacidad para leer y hablar en público. Sonreí nostálgica y desvié mi mirada del libro para ver a los dos hermanos abrazados. No podía creer que era el cumpleaños de Amy y nadie me había dicho nada, no le había comprado ningún regalo, ni siquiera estaba enterada.

- Tenemos que hablar- le dije al joven con seriedad una vez que la cumpleañera se retiró.

- ¿Qué quieres? - me preguntó él cansado.

- No me dijiste que era su cumpleaños- le reprendí frunciendo el ceño.

- No creí que debieras saberlo- respondió él restándole importancia.

- ¿Se puede saber porqué? - pregunté notando como toda gota de paciencia que habitaba mi cuerpo se esfumaba, estaba harta de la actitud que tenía, de como me trataba a pesar de haberme disculpado al menos un centenar de veces.

- ¡Porque no perteneces a esta familia! - gritó con furia y se quedó mirándome para ver mi reacción. No podía creer lo que me había dicho, sabía que eso era cierto, pero en aquella semana que había pasado con ellos, realmente había sentido que era parte de su familia, que me querían. Pero al parecer estaba equivocada, solamente era una entrometida allí. Las lágrimas amenazaban con salir, y el muchacho no se largaba, sería muy vergonzoso llorar frente a él. Solo una opción cruzó mi mente, me di la vuelta, y tan rápido como el bastón me lo permitía, salí de allí. Me retiré unos momentos de la casa, realmente me encontraba dolida por sus palabras, y no quería siquiera ver la cara de Peter.

Me alejé un poco hasta encontrar una especie de puente en la pradera por la cual cruzaba un pequeño arroyo. Podía ver como las pequeñas mojarritas nadaban siendo arrastradas por la corriente. Permanecí allí varias horas tirando ramas y cosas con fuerza para desquitar mi ira, y ver como se perdían en el agua. Si tan solo la vida fuera como un arroyo de fuertes corrientes... sería increíble que cada vez que un palo o una roca entrara en tu vida de manera abrupta, fueran arrastradas por la corriente hasta desaparecer de la vista, hasta que se perdieran en el río más cercano.

Suspiré agotada, pensando y deseando cosas no iba a cambiar mi situación. Quedándome allí lamentando mi suerte, nada iba a mejorar, mi vida no iba a dejar de ser más amarga por eso.

- ¿Qué haces? - preguntó Peter a mis espaldas. Bajé mi cabeza y no

respondí, tenía la manía de encontrarme a donde fuera que estuviera, ya se estaba haciendo una costumbre nuestras charlas a solas.

- Estoy haciendo nada- dije deprimida.

- ¿Cómo que estás haciendo nada? -preguntó el parándose a mi lado y mirando al arroyo.

-Simplemente eso, estoy parada aquí, mirando el arroyo, sin moverme, pensando, estoy haciendo algo, claro. No se puede no hacer nada, uno siempre está haciendo algo, tal vez solo respira, pero está respirando, por eso yo estoy haciendo nada. Así le digo cuando hago esto- expliqué de la mejor manera posible algo extremadamente difícil de entender. No esperaba que comprendiera a qué me refería, lo más probable era que solo yo lo hiciera.

- Lo entiendo, yo también vengo aquí a hacer nada cuando quiero alejarme de la gente- dijo él para mi sorpresa. Le sonreí. Era curioso, habíamos estado discutiendo por un largo tiempo, habíamos los dos ido allí para olvidarnos del otro, y ahora que nos encontrábamos, parecíamos haber olvidado todo lo anterior. Nuestras discusiones parecían un tema lejano que no quería recordar, simplemente me gustaba estar así, junto a él.

- ¿Sigues enojado? - pregunté tímida.

- No, de repente todo rastro de enojo se desvaneció de mi ser, no sé porqué- respondió el chico sorprendido sin saber que yo lo vivía todos y cada uno de mis días.

- Este es nuestro sitio, ¿Vale? - pregunté feliz- Un lugar solo para nosotros, para hablar cuando queremos hacer nada.

- Por supuesto, ¿Sabes? Ahora que dices que en este lugar podemos hablar de lo que queramos, debo confesar algo. No estaba enojado contigo. Cuando dijiste eso, no pensé en lo hirientes que fueron tus palabras sino en el hecho

de que querías marcharte, en el hecho de que ya no te volvería a ver. Sé que solo nos conocemos hace poco tiempo, pero pareció una eternidad para mí, es como algo especial, tenemos algo especial- confesó él. Me quedé atónita ante su declaración, y a pesar de que estaba de acuerdo, y de que creía saber qué clase de "cosa especial" teníamos, solo comencé a reírme suavemente.

- ¿Qué te pasa? - preguntó él.

- No es nada, tan solo... no sabía que los hombres fueran tan directos y sensibles en ocasiones- comenté. No podía creer que literalmente estábamos soltando todos nuestros sentimientos y pensamientos sobre nosotros con tal naturalidad, sin filtro alguno, tal y como si no estuviera aquí conmigo y estuviera hablando para mí misma.

- Hay excepciones- contradijo él con una sonrisa coqueta en su rostro.

- También lo creo- reí mientras él tomaba mi mano, y acercábamos nuestros rostros lentamente. Por primera vez, en todo el día, nos callamos, y dejamos que nuestros corazones actuaran por su cuenta. Sin darme cuenta, al poco tiempo, nos estábamos besando. Fue un beso prolongado y deseado por ambos, un beso lleno de ternura, de amor.

- ¿Qué fue eso? - pregunté confundida cuando nos separamos a causa de la falta de aire.

- Lo siento- se disculpó él como si hubiera hecho algo malo. No había preguntado eso porque no me hubiera gustado, sino porque me había sorprendido.

- No te disculpes. No hiciste nada malo- le respondí con ternura.

Ese fue el primero de muchos otros besos que recibiría de su parte a lo largo de los días. Cuanto más tiempo pasaba, más juntos estábamos, incluso ya para el final de la primera semana, parecíamos una auténtica pareja. No

podía creer que me hubiera enamorado, enamorado de verdad, de un hombre al que amaba, de un muchacho encantador que había robado mi corazón desde el primer día en que lo había visto.

- ¿A dónde van? - preguntó Emily al verme salir junto a Peter de la cabaña.

- A hacer nada- respondimos ambos al unísono riéndonos al ver que ella no comprendía en absoluto a qué nos referíamos.

Aquel puente se había convertido en nuestro lugar secreto, nuestro lugar para conversar, nuestro lugar de relajación. Cuando algo malo nos ocurría, por más leve o tonto que fuera, acudíamos allí.

Con el pasar de los días mi pierna iba sanando, y ya me quedaban pocos días de felicidad, por eso aprovechaba cada día al máximo. Poco a poco olvidé a Richard y mi compromiso con él para concentrarme en mi verdadero amor, Peter. Durante esos días, aprendí a cultivar frutas y verduras en la huerta, y cada noche, salía a observar las estrellas con Amy. En esa casa era parte de la familia, en tan solo unos días había olvidado todos mis modales, y las cosas que había aprendido en casa. Cuando regresara tendría tiempo para recuperar todo eso bajo la mirada de desaprobación de mi padre. En ese lugar no era juzgada, decidí aprovechar ese beneficio mientras pudiera.

Una tarde soleada, decidimos hacer un día de campo en el pastizal al día siguiente, por lo que decidimos organizar distintos juegos y actividades para hacer allí. Emily se encargaba de la comida, y durante el resto del día estuvo preparando sándwiches para el mediodía.

Esa noche apenas pude dormir, pues estaba nerviosa, jamás había asistido a un evento tan informal. Tal vez, más que nervios era emoción lo que sentía.

- Arriba linda, es hora de partir-me dijo la voz de Emily a cierta hora de la mañana siguiente. Me levanté inmediatamente aterrada. Al ver que me

encontraba allí, me calmé, por un momento, había pensado que ella me estaba informando que Sammy había regresado por mí.

- Si, vamos- dije con la respiración agitada, y aún así, aliviada.

Me levanté de la cama, mi pierna ya estaba casi perfecta, y había dejado de doler desde hacía ya uno o dos días. Emily me trajo un vestido adecuado para la ocasión, y me lo puse rápidamente. Me quedaba perfecto, simplemente perfecto. Até mi cabello en dos trenzas y me coloqué un sombrero sobre la cabeza para protegerme de los radiantes rayos del sol.

Una vez lista salí de mi habitación y nos pusimos en marcha. Caminamos durante un rato largo hasta que encontramos el lugar ideal para armar un picnic. Pusimos un mantel en el suelo y Emily sacó los sándwiches que había preparado. Nos dio unos cuantos a cada uno para que los comamos, y me sorprendió ver lo rico que estaban, se notaba que Emily se había esforzado en hacerlos.

- Ven Cathy- me llamó Peter. Fui hacia donde él se encontraba, y pude ver dos casas a la distancia. Solté un suspiro, conocía a ambas. La de la izquierda era la del duque, y la otra, la mía. Por un momento sentí nostalgia. Había permanecido lejos de casa mucho tiempo, y echaba de menos a mi padre, jamás creí que diría eso, pero así fue. Por más malo que fuera conmigo, seguía siendo mi padre, y a pesar de ser muy duro conmigo, en el fondo, lo quería.

- ¿Ves esas dos casas? - señaló él. Yo asentí con rapidez, evidentemente no le había dicho que yo vivía allí.

- Ahí viven los ricachones, ¿Te imaginas lo que sería vivir ahí? - me preguntó soñador. Yo asentí.

- Tendría a mucha gente a mi servicio, no tendría que hacer nada- comenzó él. Evidentemente no conocía lo que realmente se sentía.

- No podrías hacer nada por tu cuenta, no sabrías como hacer las cosas, pues nunca moverías un solo músculo- comenté mostrándole lo horrible que podía ser en ocasiones.

- Tendría plata... millones para gastar en lo que desee- prosiguió él ignorando mi comentario.

- Y no tendrías en qué gastarla, pues tus padres no te permitirían obtener todo, y con esa plata arreglarían acuerdos para casarte con otros-refunfuñé.

- Sería libre de hacer lo que quiera- siguió él.

- Y pronto te darías cuenta de que eso es una farsa. Estarías todo el tiempo bajo la mirada aprobatoria de tus padres, haciendo todo lo que ellos deseen. Eso no es libertad- mascullé levantando la voz. Él me observó extrañado.

- ¿Qué te pasa? - me preguntó.

- Te recuerdo que yo vivía en una casa así, con esa vida, para ser exactos vivía en esa misma casa-señalé-. Puede parecer un paraíso a simple vista, pero te aseguro que no lo es.

- Vale, como digas. No te enojas- me dijo suplicante. Dejé escapar una leve risa, tenía un talento inusual para eso, para hacerme reír, para hacerme olvidar todos mis disgusto y preocupaciones.

Regresé hacia donde estaban los demás y me senté a leer el libro que le había regalado Peter a Amy, con tan solo leer esos pequeños relatos, toda mi niñez saltó a mi mente, todos los buenos recuerdos de mi vida, que a pesar de ser pocos, eran a los que me aferraba cada vez que era miserable.

- Catherine, ¿Quieres agua? - me preguntó Emily con amabilidad tendiéndome un vaso. Yo asentí y lo tomé con alegría. Este fue sin duda uno de los mejores días de mi vida, uno de esos días de los que siempre me acordaría, que prevalecería en mi mente hasta el día de mi muerte. Los

minutos pasaron rápidos, y las horas iban pasando como relámpagos, y el momento de regresar llegó pronto.

- Aún no puedo creer lo mucho que me divertí- le confesé a Amy en una de nuestras tantas escapadas nocturnas para ver las estrellas.

- Si, estuvo genial, Cathy, ¿Te quedarás con nosotros para siempre? - preguntó ella con la inocencia de la niña que era.

- No creo- respondí con profunda sinceridad, por más que deseara poder decir otra cosa.

- ¿Porqué? - preguntó ella.

- Debo regresar- respondí con sequedad, pues me dolía demasiado esta conversación.

- ¿Por qué? - repitió su pregunta. Era una buena pregunta, yo no quería regresar, deseaba quedarme allí hasta el día de mi muerte, y si era así, ¿Porqué regresaba con los brazos abiertos a esa vida que yo tanto detestaba?

- Porque tengo una familia allá- respondí con simpleza.

- Haces bien en volver. Yo no creo poder vivir sin Peter, sin mamá- dijo ella comprensiva.

- Exacto- dije con la voz trémula.

- Aún así te extrañaré- dijo ella para luego abrazarme, y nos quedamos allí contemplando las estrellas hasta altas horas de la madrugada juntas. Ella era como una pequeña hermana para mí, la hermana que siempre había deseado, y que nunca había conseguido.

Poco a poco mis heridas sanaron, y a pesar de que los días transcurrían mi relación con Peter se hacía cada vez más fuerte. Recuerdo a la perfección aquella vez, cuando bajo las estrellas en plena noche, me confesó sus sentimientos, a pesar de que era evidente que ambos sentíamos algo el uno por el otro.

- ¿Ves esa estrella? La más grande, esa que brilla con intensidad- apuntó a la estrella más grande que había a la vista. Yo asentí.

- Su brillo no se compara contigo Catherine, tú eres la estrella más brillante y hermosa del universo- me confesó. Me sorprendió aquella muestra de afecto. Realmente Peter era extrovertido y demasiado franco. No sabía que responderle, nadie jamás me había alagado tanto, nadie me había demostrado tanto cariño. Por esta razón permanecí en silencio con mis mejillas sonrojadas, para mi suerte, era de noche, estaba oscuro y con un poco de suerte él no lo habría notado.

- Vaya que eres todo un poeta- solté entre risas.

- Es la pura verdad. Te amo- declaró el joven para luego tomar mi rostro entre sus manos y besarme apasionadamente.

- Entonces... íbamos por la parte en la que Blancanieves se perdía en el bosque- retomé la lectura del libro de cuentos que Peter le había regalado a Amy, pues ella me había suplicado que se lo leyera todas las noches, y en esa noche en especial, me suplicó que le leyera "Blancanieves".

Amy asintió esperando que continuara con la historia que tanto le gustaba.

- Durante la noche, durmió en medio del bosque, estaba asustada, pero pudo dormir. Al día siguiente, Blancanieves encontró una pequeña cabaña,

una casita en medio del bosque. No había nadie, asique entró...- y así continué relatándole la historia hasta que la pequeña cayó rendida ante el sueño. Al ver que ella ya estaba dormida, apagué la vela que iluminaba débilmente su habitación y me retiré.

Al día siguiente, Emily me enseñó a cocinar. Era la primera vez que lo hacía, y a pesar de que aparentaba saber todo acerca de la cocina, fue más que evidente desde el comienzo, que no tenía ni la más mínima idea de lo que estaba haciendo. Cosechamos varias verduras de la huerta y me enseñó a cortarlas adecuadamente para hacer una ensalada. No era algo demasiado sofisticado, claro, pero al menos era algo, y algo siempre es mejor que nada.

- ¿Lo estoy haciendo bien? - pregunté insegura mientras cortaba los tomates con lentitud.

- Quizá podrías cortarlos en rodajas un poco más finas- sugirió ella mientras ponía arroz en una olla.

Traté de hacerlo, pero el cuchillo se me resbalaba de las manos, y temía cortarme, algo que efectivamente ocurrió a largo plazo.

- ¡Cielos! - grité al ver sangre salir de mi dedo. Al oír mi grito, Emily se aproximó hacia donde estaba para ver la herida.

- Solo es un corte. Mójate el dedo con agua, así no se infectará. Tranquila que es algo absolutamente normal-me dijo ella con amabilidad. Asentí con rapidez y salí de allí. Aún no tenía idea de dónde encontrar el agua. Logré ver a Peter, a través de la ventana, en nuestro lugar favorito.

- Hola- dije cuando llegué hasta dónde él se encontraba.

- Hola- saludó él mirando al agua.

- Quiero saber más- soltó él de repente.

- ¿Sobre qué? - le pregunté con curiosidad extrema.

- Sobre ti, sobre tu vida antes de caer en nuestra casa. La razón por la que te hallabas en medio de la noche en los pastizales por tu cuenta. Creo que es hora de que nos lo digas- me pidió él. Tenía razón, después de todo lo que ellos habían hecho por mí, se merecían saber qué fue lo que ocurrió.

- Bueno... verás, hace un tiempo murió mamá- comencé con la voz entrecortada sin saber exactamente por dónde comenzar la historia.

- Lo siento- murmuró él apenado. Yo asentí, él no tenía la culpa de su muerte, ni siquiera conocía a mi madre

- Papá nunca ha sido un padre ejemplar. Él es demasiado estricto, y debo admitir que en ocasiones me da un poco de miedo. Él, bueno... quiso tomar una decisión por mí, una decisión importante que iba a afectarme directamente. No iba a permitirlo. Por eso escapé, escapé a aquí, pero no esperaba que ocurriera lo que pasó. La tormenta fue algo inesperado- confesé con tristeza mirándolo a los ojos y esperando que no me preguntara nada más. Por una fracción de segundo él pareció abrir la boca para decir algo, pero luego la cerró rápidamente, tal vez había comprendido que no me gustaba hablar del tema.

- ¿Y qué harás cuando regresen por ti? - me preguntó él. Sinceramente era algo en lo que jamás me había detenido a pensar. No me importaba en absoluto mientras no tuviera que casarme. Si hubiera sido por mí, yo me habría quedado allí para siempre. No tenía ni la menor idea de por qué diablos había decidido escribirle la carta a Sammy.

- No lo sé. Papá encontrará algún otro pretendiente para mí- dije pensando en que si regresaba toda la historia se volvería a repetir nuevamente y eso me dolía, no podría seguir escapando por siempre, me dolía en especial por el hecho de que sabía quién era la persona con la que sí deseaba estar, pero sabía que mi padre no lo aceptaría, y sin embargo, en esos momentos nada

me importaba menos que la opinión de mi padre.

- Espera, ¿Qué? ¿A qué te refieres con otro? - preguntó él sacándome de mis pensamientos.

- Oh, eso. Te dije que él había tomado una decisión por mí, él quería casarme con la criatura más desagradable de este mundo.

- Y, ¿Qué hay de mí? ¿Te parezco la criatura más desagradable de este planeta? - me preguntó burlón.

- Sabes que no- le remarqué entre risas.

- ¿Entonces no estaría mal que hiciera esto? - preguntó poniéndose de rodillas, al igual que en los cuentos que le leía a Amy-. Cásate conmigo entonces. Así no tendrás que sufrir a esas molestas criaturas que tanto de desagradan.

Por un momento, el tiempo se detuvo. Mi corazón comenzó a latir con prisa, eso era lo único que deseaba, ser feliz, y con él lo sería. Por un momento, todas mis preocupaciones respecto a mi padre y a lo que pasaría luego se desvanecieron. Solo éramos Peter y yo, nosotros y nadie más. Nadie ni nada podría arruinar ese momento que tanto había anhelado.

- ¡Me encantaría! Me harías la persona más feliz del mundo- acepté con inmensa alegría. Él sonrió aliviado, se puso de pie, y me abrazó. Luego, y sin darnos cuenta, nuestros rostros se fueron acercando. Nuestras respiraciones se entrelazaban y mezclaban. Un pequeño impulso sería suficiente para que nuestros labios se tocaran como ya antes lo habían hecho, y eso fue lo que ocurrió.

- Mamá, tengo que hacerles un anuncio- declaró Peter aquella noche en la mesa. Tenía el presentimiento de saber qué era lo que pensaba hacer, pero decidí solamente permanecer callada. Por su parte, tanto Emily como Amy,

no tenían idea de lo que Peter quería decirles, y el hecho de que pareciera ser algo importante, despertó su curiosidad.

- Cuenta ya- pidió su madre impaciente.

- Cathy y yo nos casaremos- informó él ante toda su familia. Tan pronto como las palabras abandonaron su boca, las miradas sorprendidas de ellas se clavó en mí, como si estuvieran esperando a que confirmara que todo lo que él había dicho fuera real. Yo asentí para demostrarles que era cierto, que lo amaba, y pretendía pasar el resto de mis días a su lado. A continuación, lagrimas de alegría comenzaron a caer por el rostro de Emily, y ella se acercó a mí para darme un abrazo, dándome a entender que aceptaba la elección de su hijo.

- Y yo que creía que iba a terminar sola, sin nietos- dijo ella. Amy se encontraba dando círculos alrededor de la mesa gritando de alegría.

A la mañana siguiente, noté que mi pierna había sanado, y ya no había ni el más mínimo rastro de lo ocurrido el día del accidente en mi cuerpo. El día transcurrió con profunda lentitud, y todos en la casa estaban conscientes de lo que iba a ocurrir. Había demasiado silencio en la casa para mi gusto, a pesar de que me sentía miserable nuevamente, quería disfrutar el poco tiempo que me quedaba allí.

A medida que avanzaban las horas, todo rastro de felicidad, de libertad, de conocimiento que había logrado forjar en ese lugar, se fue desvaneciendo poco a poco, y todos esos momentos desaparecieron de mi cabeza, nuevamente era Catherine, la niña rica y miserable bajo la mirada de mi padre a pesar de que aún no había rastro de él.

- Tengo miedo- le confesé a Peter cuando nos hallábamos en nuestro lugar habitual para meditar.

- ¿De qué? Es tu padre Catherine, no puede ser tan malo- trató de consolarme.

- Se nota que no lo conoces. Él jamás aceptará lo nuestro, no sé que hacer- le dije con profunda tristeza.

- Tú sabrás- masculló. Levanté mi mirada para mirarlo a los ojos tratando de descifrar sus palabras ¿Qué había querido decir?

- ¡Catherine! ¡Catherine! ¡Cathy! - vino corriendo Amy gritando mi nombre.

- ¿Qué pasa Amy? ¿Necesitas algo? - pregunté logrando que una sonrisa forzada apareciera en mi rostro.

- Yo no, pero una señora te está buscando- dijo ella con falta de aire a causa

de que había estado corriendo.

Me preguntaba de quién se trataba, no había hecho amistades con la gente del colegio en el que trabajaba Peter, prácticamente no conocía a nadie, no comprendía cómo alguien podría estar buscándome a excepción de mi padre.

Corrí de regreso a la cabaña con Peter pisándome los talones. Entramos por la puerta trasera, y antes de ingresar a la sala, miré por el ojo de la cerradura para ver de quién se trataba.

Mis ojos se abrieron como platos y solté un suspiro al ver que se trataba de Sammy, venían por mí. Miré a Peter con incertidumbre, y él me indicó que entrara con un simple movimiento de cabeza. Me adentré con lentitud en el lugar y Sammy corrió hacia mí para darme un abrazo.

- Te extrañé niña- me dijo. No le respondí, Sammy era una buena persona, pero lamentaba no poder decir lo mismo. Si ella estaba aquí significaba que me llevaría de regreso a casa, y eso era algo que no me agradaba en absoluto.

- Vamos, tu padre está esperando en casa- me dijo ella conduciéndome a un carruaje. Me subí y me senté para luego mirar por la ventana con melancolía hacia esa humilde casa en la que había vivido millones de experiencias y sentimientos que jamás creí que fuera a sentir algún día.

El viaje de regreso a casa fue algo incómodo. Sammy me hacía todo tipo de preguntas, y yo tan solo esperaba que parara de hacerlo, no tenía ganas de hablar en ese momento, tan solo deseaba observar la carretera a través de la ventanilla del carruaje.

Pronto, el carruaje frenó, y pude ver nuevamente mi casa de cerca. Era más grande de lo que recordaba, o tal vez eso era lo que aparentaba ser después de haber vivido en una simple choza. Subí los peldaños de las escaleras y me encontré frente a la puerta de entrada. Suspiré y la abrí. Esa casa... a pesar de haber vivido toda mi vida ahí, ahora parecía desconocida, como si jamás

hubiera estado allí antes. Se sentía extraño regresar al silencio y a la soledad después de haber vivido con una familia bastante ruidosa.

Miré hacia mis costados, buscando alguna señal de mi padre, pero no lo vi. No podía creer que no hubiera venido a recibirme después de haberme ausentado aproximadamente un mes entero. Quizá estaba furioso, y era de esperar, había arruinado todos sus planes.

Me quedé allí plantada con la mirada fija en el suelo, por un momento sentí como si me hubiera olvidado de dónde se encontraba mi habitación, pero luego, me aproximé a las escaleras para dirigirme hacia allí. Escaleras... había olvidado la cantidad de escaleras que debía subir y bajar para dirigirme a distintos lugares dentro de la casa, o estaba la posibilidad de que simplemente no hubiera reparado en ello anteriormente.

Una vez en mi alcoba, observé todo con extrañeza. Era demasiado extensa, toda la casa de Peter podría caber allí. Me aproximé a mi cama y me recosté, al menos era más cómoda que la que tenía en aquella casa. A pesar de todas estas comodidades sentía un inmenso vacío en mi interior, me sentía incompleta, me faltaba algo...

Tan solo habían pasado unas horas desde que me marché de allí, y ya extrañaba terriblemente las horas de historias con Amy, cocinar con Emily... pero lo que más extrañaba era mi lugar especial con Peter, nuestro lugar para hacer nada. Extrañaba sentirme parte de una familia, sentirme querida, amada, respetada. Mi padre ni siquiera se había dignado a venir a darme la bienvenida, me sentía sola nuevamente, los viejos tiempos de miseria habían llegado nuevamente a mi vida tan rápido como se habían marchado en cuanto crucé la puerta de la casa de Emily.

Sin siquiera percatarme de ello, me encontré recordando todos esos increíbles momentos que había vivido con esa familia. Curioso, ni siquiera

sabía su apellido, jamás les había preguntado semejante detalle, nunca me había hecho falta saberlo, tan solo con saber sus nombres me conformaba. Sin darme cuenta, me encontré llorando, al igual que solía hacerlo habitualmente tras la muerte de mi madre semanas atrás pensando en cómo cambiaría mi vida ahora, pensando en el error que había cometido en cumplir mi palabra, en enviarle mi ubicación exacta a Sammy.

Por el resto del día, me quedé en mi habitación, y no oí nada de mi padre, actuaba como si jamás me hubiera marchado en primer lugar, y eso no me agradaba, parecía un fantasma en esa casa. Simplemente era odioso que todos actuaran como si ni siquiera estuviera allí.

Esa noche, me costó conciliar el sueño, no estaba acostumbrada a una almohada tan mullida o a un colchón tan cómodo, probablemente, justamente debería haber pasado lo contrario. Debería haberme dormido tan pronto como mi cabeza tocó la almohada, pero sorprendentemente eso no ocurrió, y no dormí hasta muy tarde en la noche pensando en Peter y en toda su familia, pensando en formas de convencer a mi padre de que me dejara desposar a Peter, pero no veía manera alguna de que esto pudiera ocurrir.

A la mañana siguiente madrugué. Era algo que solía hacer en la cabaña, la gente se despertaba temprano allí, y se me había vuelto una costumbre imitarlos.

Bajé a desayunar con las mismas vestiduras que había estado utilizando el día anterior, pues a causa de la angustia, no se me había cruzado por la cabeza el hecho de ponerme un camisón.

- ¡Catherine! Que suerte que estés de regreso- dijo la voz grave, potente e intimidadora de mi padre.

- Me alegro de que estés alegre- le respondí con sequedad.

- El duque y yo nos preocupamos mucho cuando vimos que habías desaparecido... como sea... ya estás aquí- agregó mi padre feliz, era realmente espeluznante, sentí un cosquilleo invadir y recorrer todo mi cuerpo, presentía que algo malo estaba sucediendo, simplemente tenía un mal presentimiento, de que se traía algo entre manos.

- Oh Catherine, ¿Qué es eso que estás usando? -me preguntó mi padre con disgusto. Rodé mis ojos, él no había cambiado en nada-. Es desagradable, horrible. Eso está sucio y... es demasiado simple, ve a cambiarte.

- Si papá- fue lo único que respondí para luego marcharme y dirigirme a mi habitación.

Abrí mi armario y contemplé la cantidad de vestidos que tenía, e incluso noté que había algunos que jamás había siquiera utilizado. Escogí uno blanco y largo con bolados y me lo puse.

- Había olvidado lo incómodos que son estos vestidos- farfullé frente al espejo. El vestido era demasiado apretado y sentía que me faltaba el aire. Con

dificultad caminé hacia la puerta y regresé a la cocina.

- Mucho mejor señorita- felicitó mi padre al verme. Yo dejé escapar una pequeña sonrisa, no era muy a menudo que él me felicitaba por algo, normalmente era demasiado difícil de satisfacer, y rara vez aprobaba mi comportamiento.

- Gracias padre- dije con solemnidad.

- Que suerte, no quería que él te viera así- suspiró aliviado. Me quedé estática alzando una ceja expresando confusión, ¿Acaso había dicho "Él"? ¿De qué estaba hablando?

De pronto, sentí como unas fuertes manos me abrazaban por detrás logrando que me sobresaltara, por eso, me aparté de aquella persona completamente furiosa y molesta, ¿Cómo se atrevía?

- ¡Richard! Ya despertaste- saludó mi padre haciendo caso omiso a la expresión de disgusto en mi cara, ¿Qué hacía Richard aquí?

- Si, y veo que mi comprometida ya regresó- respondió él-. Te traje una rosa.

La tomé tan solo por ser amable frente a mi padre, pero sabía que dentro mío, estaba repugnada ante su sola presencia.

- ¿Qué haces tú aquí Richard? - pregunté enfadada.

- Tu padre suspendió nuestra boda cuando te escapaste, pero como sabía que llegarías ayer, fue a buscarme y me pidió que me quedara a dormir en la habitación de huéspedes para que hoy, tú y yo nos conozcamos mejor- explicó él restándole importancia.

- ¿Y porqué querría yo conocerte mejor? Eres un patán- le solté en la cara.

- Querida, en dos días nos casamos- reveló él en tono burlón. Solté un suspiro de sorpresa, no podía creerlo, había sido engañada. Mi único

consuelo al regresar a casa era que al menos no tendría que desposar a ese hombre, y, sin embargo, papá no había abandonado sus planes, me sentía frustrada, engañada, triste... demasiadas emociones negativas daban vueltas en mi interior, y tomando una gran bocanada de aire, comencé a hablar.

- ¡No puedes hacer esto padre! Verás, yo amo a otra persona, y esa persona definitivamente no es este gusano que tengo aquí en frente, es lo opuesto a él- le grité a mi padre con lágrimas en los ojos. Estaba realmente adolorida, y no iba a caer ante mi padre, no esta vez.

- Oh vaya, ¡Es genial! - exclamó mi padre olvidándose de la presencia de Richard. Me callé tan pronto como esas palabras salieron de su boca, ¿Lo estaba diciendo en serio? Era imposible, ese no era el padre que conocía. Le dediqué una sonrisa.

- ¿Acaso es rico? ¿Aún más rico que el duque? ¿De dónde viene? - preguntó él entusiasmado. Solté un resoplido, ese sí era mi padre, solo pensando en dinero.

- No, no es nada de eso. Vive en una casa humilde en los pastizales, fue muy amable conmigo- le expliqué sabiendo que él jamás aprobaría esa relación.

- ¿Te enamoraste de un pueblerino? ¡Ja! ¿Qué he hecho para merecer a una hija como tú? No importa, te casas con Richard, está decidido- sentenció él. Sus palabras eran filosas, y se clavaban en mi corazón como pequeñas y puntiagudas estacas de madera. No tenía nada en mente para defenderme, Peter era todo lo que mi padre detestaba, y mientras él estuviera vivo, nuestro amor no podría dar frutos. Me retiré a mi habitación llorando. No era como las otras veces que esto había ocurrido, era distinto, dolía más. Tenía que encontrar la forma de decirle a Peter lo ocurrido, y una carta sería la única manera de que él lo supiera.

Peter,

Soy yo, Catherine. Las cosas en casa no van bien, mi padre retomó el compromiso y quiere casarme con Richard en un plazo de dos días. Intenté persuadir a mi padre, pero es tan duro como una roca, él jamás aceptará lo nuestro. No podemos estar juntos, me temo que debo rechazar tu propuesta de matrimonio, y serle fiel a mi futuro marido. Lo nuestro, lo que tenemos, fue un error, un grave error que jamás debió ocurrir. Lo siento, nuestro amor, es un amor imposible, y créeme cuando te digo que me duele decírtelo. Lo siento, adiós.

Mientras escribía la carta, me sentí muy mal. Sentía que estaba traicionando a Peter, y a mí misma. Nunca creí que sería capaz de abandonarlo para casarme con Richard, era como una especie de pesadilla eterna que tendré que soportar hasta el día de mi muerte. Toda mi vida había sido infeliz, y cuando al fin había encontrado la felicidad, se me fue arrebatada, tal vez... estoy destinada a ser infeliz, vivir con eterno dolor, y morir de igual manera.

Permanecía todo el día allí adentro, y me vi obligada a incluso cerrar la puerta con llaves cuando mi prometido intentó de entrar en la habitación para tratar de pasar tiempo conmigo.

Pronto oscureció, y aún no le había entregado la carta al cartero. No podía creer que me casaría en dos días, todo estaba ocurriendo demasiado rápido y de manera inesperada. A altas horas de la madrugada, le entregué personalmente al cartero mi mensaje, de esa forma, me aseguraría personalmente que este fuera entregado a su destinatario, y con genuino dolor y angustia, lo vi partir y perderse en la distancia con mi carta en mano.

El día de la boda se aproximaba, y mi padre estaba demasiado ocupado con todos los preparativos de último momento para el gran día.

- Mira Catherine, yo tampoco estoy muy feliz con esto, créeme. Pero... es así, nos casaremos y serás mi esposa- me dijo Richard cuando me encontró sentada sola en el jardín leyendo un libro.

- Lo sé, lo sé- recordé con amargura.

- Y... ¿Qué dices? - me preguntó él sentándose a mi lado.

- Digo que me dejes en paz y te vayas- le ordené despegando mi vista de las hojas de papel.

- ¿Esa es la manera de tratar a tu futuro esposo? - preguntó con tono arrogante.

- Aún no eres mi esposo, y si fuera por mí, jamás lo serías- le confesé burlona para luego volver a concentrarme en mi libro. Pude sentir su mirada clavada en mí durante varios segundos, pero al ver que no estaba dispuesta a hablar con él, se retiró.

Al día siguiente, llegó el gran día, como le decían muchos. Para mí, era más bien el gran día en que toda mi vida se iría a la basura, el día en que todo terminaría.

- Señorita, ¿Cuál de estos prefiere para el postre? - me preguntó Clementina, la ayudante de cocina de Sammy, nombrando distintas posibilidades.

- Tarta de manzana- decidí finalmente. Ese día, no pude estar tranquila en

todo el día, la gente iba y venía, ocupados y atareados por los preparativos para la boda. A cada segundo me pedían que eligiera distintas cosas, el color de las servilletas, el material de los cubiertos, la comida, todo a mi elección.

Ya al anochecer, encontré en mi cuarto lo que aparentaba ser mi futuro vestido de casamiento. Me asombré al ver que era hermoso, sin duda el vestido más adorable que había visto, todo era perfecto, a excepción de una cosa... si tan solo fuera Peter con quién me iba a casar, todo sería aún mejor, al grado de llegar a la completa felicidad.

- Señorita, pruébese el vestido, y luego, comenzaremos con el peinado- dijo una señora regordeta que jamás había visto en mi vida. Probablemente mi padre la había contratado o algo por el estilo, no había otra explicación.

Asentí y tomé el vestido, me lo probé y me miré al espejo para ver cómo lucía. Era sin duda increíble, y la señora estaba de acuerdo conmigo en todo sentido. Al poco tiempo comencé a arreglarme, en tan solo algunas horas debía de estar en la iglesia lista para comenzar la ceremonia.

- No puedo creer que esté haciendo esto- murmuré para mis adentros mientras corría escaleras abajo para subirme al carruaje que me conduciría al lugar dónde se llevaría a cabo la ceremonia.

- ¡Catherine! Te ves deslumbrante- me halago mi padre, a lo que solo puse mis ojos en blanco, él me alabaría siempre y cuando hiciera lo que él quisiera, todo lo que le importaba era él, él y solo él. Eso sonaba algo egoísta ante mis oídos.

- ¡Vamos! Llegaremos tarde, y eso no da buena impresión- me gritó mi padre tomándome del brazo y arrastrándome hacia el carruaje que ya esperaba por nosotros en la entrada.

Durante el camino a la iglesia, no cruzamos palabra alguna. Todo era absoluto silencio, y sin duda una escena un tanto incómoda. Ya no sabía que

pensar sobre él. Por dentro lo quería, sabía que era mi padre y que debía respetarlo, pero, por otro lado, él jamás me escuchaba, me obligaba a hacer lo que él quería, y era algo que no podía soportar por mucho tiempo más.

Pronto, el carro se detuvo, y ante mis ojos, pude observar la iglesia en la que sellaría mi supuesto amor por el hijo del duque. Tragué saliva con dificultad, pues no tenía idea de qué era lo que iba a ocurrir, ni conmigo, ni con papá, ni con Peter luego de la ceremonia.

- ¡Vamos! Muévete y no te quedes ahí parada- me gritó mi padre, era notorio su nerviosismo y lo mucho que deseaba que la boda se llevara a cabo.

- Escúchame bien niña, tú vas a entrar ahí y vas a casarte con Richard para que tu papi pueda tener una gran fortuna, ¿Oíste? No quiero escándalos- me amenazó. Yo bajé la cabeza y asentí apenada. Siempre había tenido dudas respecto a si mi padre me quería al menos en el fondo, y esas palabras sin sentimiento alguno me dieron la respuesta, la respuesta que tanto temía, que tanto detestaba, él no me amaba. Para él solo era un objeto, un objeto que podía utilizar para llegar a sus propios fines, a conseguir el dinero. Él estaba haciendo mi vida miserable para garantizar su propia felicidad y bienestar. Pronto las lágrimas comenzaron a salir nuevamente, gran error.

- No llores, así todos sabrán que no lo amas, ¿Oíste? A demás, te estás arruinando la cara- me retó. Traté de secar mis lágrimas con mis manos, e hice el mejor esfuerzo para ocultarlas.

Cuando entré en el lugar, pude ver que estaba lleno, miles de personas habían asistido a mi casamiento, y eso no mejoraba la situación del todo, nunca había sido realmente buena para hablar en público. Mientras avanzaba lentamente al altar, pude reconocer varios rostros entre las bancas, entre ellos, Carl y su madre, quienes me miraban preocupados, ellos sabían que lo estaba pasando realmente mal.

Frente al altar, pude ver a Richard, comencé a caminar un poco más rápido para llegar de una vez por todas al altar. Cuando me encontré con mi futuro esposo, él me tomó la mano y me indicó que mirara hacia el sacerdote.

La ceremonia transcurrió lenta, me vi obligada a decir que amaba a Richard, y eso era una mentira. Deseaba que nunca terminara, de ese modo jamás tendría que besarlo, la simple idea de hacerlo, me aborrecía, simplemente me aborrecía. Para mi mala suerte, ese momento llegó más pronto de lo planeado.

- Yo los declaro marido y mujer, puede besar a la novia- finalizó el sacerdote.

Y así, por más asco que me daba, tuve que besarlo. No era igual a cómo cuando había besado a Peter, ese beso carecía de sentimientos, era simplemente eso, un beso. Sentía que estaba engañando a Peter, después de todo, había aceptado casarme con él, y en esos momentos, solo deseaba que él ya hubiera recibido la carta, deseaba que lo entendiera, que me olvidara, y a la vez, sentía que si eso ocurría, no podría continuar viviendo. Ahora era esposa de Richard, y eso seguiría así, no podía cambiarlo, y nunca lo haría.

Dieciséis años después...

La lluvia cae, y me empapa. Estoy completamente mojada, pero nada podría importarme menos en estos momentos. Me encuentro frente a la tumba de alguien querido, alguien que estuvo toda su vida a mi lado. Las lágrimas caen por mis mejillas mientras recuerdo todos los momentos que pasamos juntos. Esta mañana compré un ramo de flores para ponerlas ante su tumba, lugar en el que él descansa eternamente.

- Oh Richard, mi querido esposo... si tan solo pudiera traerte de regreso- digo mientras sollozo por lo bajo. A pesar de que en un principio me había parecido desagradable ser su esposa, habíamos vivido muchas cosas juntos, había aprendido a quererlo. Tal vez no lo amara, pero al menos había llegado a apreciarlo como un amigo.

Nadie se encontraba allí, pues no era una persona muy amada por todos. Sin embargo, siempre he creído que toda muerte es una tragedia, sin importar de quién fuera.

Mi padre murió unos años después de la boda, al igual que el padre de Richard y pronto nos encontramos administrando una gran fortuna. La vida continuó, y poco a poco pude aceptar mi vida con él, no era tan malo después de todo...

Dejo las flores junto a la lápida que porta su nombre en el cementerio más próximo a mi casa, de modo que pudiera visitarlo cuando quisiera.

Las horas pasaron, y aún no me veía con las suficientes fuerzas para regresar a casa, y las gotas de lluvia seguían cayendo. El cielo estaba

nublado, oscuro al igual que mi alma portadora de tantos dolores, fracasos y desilusiones.

Pronto comienzo a sentirme extraña, siento una presencia a mis espaldas. No me atrevo a girarme, pues no presiento que sea algo malo, quién fuera que esté allí, no tenía intenciones de lastimarme y lo sabía.

- Catherine- suelta alguien a mis espaldas. Se trata de una persona, su voz es grave y ronca, una voz extraña, que no creía haber escuchado en toda mi vida, y a su vez, estoy segura de que pertenece a alguien que conozco.

Siento como una mano se posa sobre mi hombro brindándome calidez y logrando que me estremeciera, estoy completamente sorprendida, realmente deseo saber de quién se trata. La emoción me invade y mi corazón palpita con fuerza. Me volteó, y mis ojos se abren como platos a causa de la sorpresa. Hacía mucho tiempo que no lo veía. Al verlo, sus ojos marrones, su cabello, todo su ser me hizo recordar el amor que sentía por él, y las emociones volvieron a fluir y a aparecer tal como si jamás me hubiera marchado.

- ¡Peter! - exclamo. Me pongo de pie y me abalanzó sobre él, realmente jamás creí que volvería a verlo.

- Hola- me responde él un tanto nervioso. Le sonrío, pareciera como si fuera ayer que nos encontrábamos en nuestro lugar secreto.

- Está lloviendo, te vas a enfermar- me reprocha él.

- ¿Cómo sabías dónde estaba? - le pregunto con curiosidad.

- Cuando fuimos al día de campo, tú señalaste esta casa, me dijiste que aquí vivías, he venido por ti. Hay rumores de que tu marido... ¿Son ciertos? - pregunta él incrédulo. Asiento con mi cabeza para responderle mientras dejo caer mi cabeza sobre su hombro.

- Ven, debemos entrar- me sugiere el chico señalando la casa.

- No, de hecho, tengo otros planes- le confieso.
- ¿Con quién? - me pregunta molesto a lo que yo pongo mis ojos en blanco.
- Contigo tonto- respondo mientras comienzo a reír a carcajadas.
- ¿Qué quieres hacer? - me pregunta sorprendido.

- De hecho, estaba pensando... podemos hacer nada- digo mientras caminamos juntos hacia su casa, y luego, hacia nuestro lugar secreto, donde nuestra historia de amor comenzaría nuevamente con un beso.

FIN

